



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

Frank
McFair



**UN GORRO DE
PIEL DE CABRA**

UN GORRO DE PIEL DE CABRA

Frank McFair



TERROR

© FRANK McFAIR

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto.

PINTO (Madrid)

Director responsable: Gregorio Ovejero

I.S.B.N.: 84-06-01917-4

Depósito legal: M. 28.639-1979

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

TERROR 6



Capítulo 1

LA tienda tenía un pequeño escaparate en el que se veía el habitual batiburrillo de las ropavejerías. Estaba situada en el callejón del Guerrero Español, donde es fama que se encontraron hacía muchos años los restos de un gigante bien conservado que vestía el uniforme de los descubridores.

Abrí la puerta y una campanilla me anunció.

El interior estaba tan oscuro que apenas se veía nada. Pero de las tinieblas emergió un hombre de edad, calvo y vestido con un guardapolvos grisáceo.

—Buenas tardes —dijo. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito un disfraz —dije—. Me han dicho que tal vez usted tenga algo que me pueda servir.

—Tal vez. ¿Algún disfraz especial?

—No lo sé —respondí. Y era verdad. Me hubiera gustado algo que deslumbrase a Lois, si es que algo podía ya deslumbrarle.

—¿Podría echar una ojeada a lo que usted tenga por ahí?

—Naturalmente, caballero.

—Me han dicho —añadí—, que usted tiene a veces cosas verdaderamente interesantes.

—¿De veras? ¿Quién le ha dicho eso, por favor?

—Oh, lo he oído a alguien, pero no recuerdo a quién... ¡Ah, sí!, fue a míster Arkadian.

—¿Usted conoce a míster Arkadian, caballero?

—Sí, por cierto que sí. Una hija suya es discípula mía.

—Usted es profesor, por tanto.

—Sí. Doy clases en la Universidad Jordan.

—¡Ah!, un profesor —dijo con acento de respeto—. Veremos lo que se puede hacer. Si es tan amable de seguirme, profesor...

Encendió una luz. La tarde era gris y anunciaba nieve. Un frío seco empujaba a los escasos transeúntes hacia sus casas.

La luz iluminó parcamente la tienda. Estantes hasta el techo llenos de los objetos más dispares y al fondo, una cortina. Me condujo hasta ésta y la traspusimos.

—Así que usted es amigo de míster Arkadian.

¿Lo era? Yo creía que sí, al menos me invitaba a su casa, comí en ella varias veces y mantuvimos charlas sobre temas de historia y arte. Su hija, una muchacha de veinticuatro años estaba preparando una tesis sobre los españoles en América del Norte en el siglo XVII y yo le ayudaba a recoger materiales.

—Sí —me extrañaba que mostrase tanto respeto por Arkadian, hasta que recordé lo que se decía de él. Se rumoreaba que Arkadian era algo así como un árbitro, un referee, entre gentes del hampa. Si unas pandillas o miembros del Sindicato tenían entre sí diferencias, encontraban en aquel hombre lo que pudiéramos llamar terreno neutral. Se reunían en su casa o en su galería de arte, no lo sé, y allí intentaban llegar a un acuerdo. Se decía más: su casa, o su galería, lo que fuera, era más segura que todas las pistolas; nadie se atrevería a llevar un arma a ella, ni emprendería las hostilidades mientras Arkadian actuase como moderador.

Se decía, se hablaba, se rumoreaba, pero lo cierto es que al menos yo no sabía nada seguro. Por otra parte, me importaba poco. Para mí era un caballero que me ofrecía licores caros, excelentes cenas y una charla amena y culta.

—Perfecto —respondió el hombre de la bata gris—. Siendo así, le enseñaré algunas cosas, que no acostumbro a mostrar a cualquiera.

—Gracias.

La trastienda era más grande, mucho más, de lo que aparentaba la tiendecita. También allí había montones de cosas, pero de mejor calidad que las de afuera.

Caminamos por entre estanterías, relojes de pie, e incluso casi tropecé con una armadura medieval cuyo peto resonó huecamente bajo mi codo.

—Me gustaría una cosa como esta, pero supongo que me asaría ahí dentro —dije.

—Y además, tendría usted que ser muy fuerte para llevarla, aunque usted no parece débil, precisamente.

—No lo soy. Jugué en el primer equipo de la Universidad, como tres cuartos.

—Evidentemente, pero una cosa como ésta es sumamente... incómoda. Buscaremos otras cosas algo más «prét a porter».

Al fondo de la trastienda corrió un par de cortinas, y encendió una luz, a mis ojos se ofrecieron docenas y docenas de trajes, allí había según pude comprobar con una rápida mirada un traje de evzon griego, tocados de piel rojas, uniformes de Húsares alemanes, de vaquero andaluz y americano... No sé, pero sí que había lo suficiente como para elegir.

—Parece un vestuario de teatro —dije.

—Muchos de ellos lo son. Compré varios stocks de compañías teatrales. Veamos... Puede usted tomarse todo el tiempo que quiera para elegir.

La campanilla de la puerta sonó débilmente.

—¿Me permite? Considérese usted en su casa, algún cliente...

Cuando volvió, yo había echado el ojo a un uniforme de cosaco y a un vestido como el de Davy Crocket. Un abuelo materno mío había llegado a los Estados Unidos procedente de Rusia.

El traje consistía en una larga hopalanda con alamares, pantalones anchos metidos en altas botas y dos cananas cruzadas en el pecho.

—Tal vez éste —dije.

—Muy vistoso —respondió—. Puede usted también disfrazarse de pirata, de árabe, de granadero de la guardia Imperial alemana, de gaucho, de mexicano...

—Me gusta éste —repetí—Y además, creo que es de mi talla.

—Parece que sí. Puede usted probárselo. Sólo que... cuando lo compré no me vendieron el gorro con él.

—Lástima. Había muchos uniformes de cosacos, casi tantos como regimientos, así que si pudiéramos encontrar por ahí algo que pudiera adaptarse. No creo que nadie vaya a notarle.

—Pues... no sé...

Se puso un dedo en la barbilla. Era un hombre de unos setenta años, encorvado, de ojos negros y nariz ganchuda. Judío o levantino, probablemente.

—Veremos. Un amigo de míster Arkadian se merece lo mejor... Sí, creo que podré conseguirle algo. ¿Para cuándo necesita el disfraz?

—Para dentro de diez días.

—Hagamos una cosa, caballero. ¿Puede usted volver mañana? Tengo idea de que hay algo ahí... pero debo buscarlo. ¿Le importaría? Claro que podría ponerse cualquiera de esos gorros de tipo ruso de astrakán, pero están tan vistos... Y estoy seguro de que tengo algo especial, sólo que no recuerdo dónde en este momento.

—Esperaré a mañana.

Salí de la tienda. En efecto comenzaba a caer una ligera nevada.

Volví hacia casa andando. Me imaginaba a mí mismo vestido con aquel marcial uniforme y cada vez me gustaba más la idea. Suponía que al baile de Lois acudirían montones de hawaianas, de pieles rojas, de piratas, pero el disfraz aquél, con sus alamares, su pelliza y sobre todo las cartucheras cruzadas sobre el pecho y el sable en su funda de madera me encantaba. Soy alto y fuerte y seguramente sería el único que llevara algo parecido.

Lois... tengo que presentársela a ustedes. Hija de Mortimer Smith III, el presidente de la «Banana Co.», exportadoras de frutas tropicales, y con

una fortuna calculada en muchos millones. Lois, hermosa como Diana cazadora, y tan fría como ella. Y yo, como un idiota, me había enamorado de sus ojos verdes, sus piernas largas, su pecho alto y su boca que tan despreciativa podía llegar a ser.

Tan enamorado como un colegial, a mis treinta años, y pudiendo elegir entre otras chicas, había ido a caer con aquel témpano que pasaba su tiempo corriendo de fiesta en fiesta mientras rechazaba pretendiente tras pretendiente a su mano y a los millones de papá.

En ese baile, dado para celebrar su cumpleaños, yo me había propuesto hacerle saber que conmigo no jugaba más. Que o se acostaba conmigo o la raptaba, la apaleaba y... todo lo que ustedes quieran. Pero estaba dispuesto a resolver el problema. Porque problema era. No podía ni dormir pensando en ella.

Eran las cinco de la tarde. En la esquina de Governor Rattigan y Lafayette, alguien me cogió del brazo. Me volví. Era Cora Arkadian.

—Profesor —dijo. Lleve usted cuidado cuando cruza la calle. ¿En qué o en quién pensaba?

—Hola, Cora. Pensaba en un disfraz, aunque le parezca mentira.

Me miró. Tenía ojos negros, rasgados y boca grande. He oído decir a algunos estudiantes que es bella, pero jamás la había visto bajo ese aspecto. Para mí sólo era una alumna más.

—¿Un disfraz? Ah, sí. Se habla mucho del baile. ¿Está invitado, por tanto?

—Sí.

—¿Tiene algo que hacer ahora, profesor? Me gustaría que echase una ojeada a lo que he escrito últimamente. Sólo si no tiene otra cosa mejor que hacer, por supuesto.

Me sentí ligeramente irritado. ¿Es que pensaba que todo mi tiempo debía dedicarlo a su tesis?

—Había pensado en ir a casa para leer algunos libros atrasados.

—Siendo así...

Me tendió la mano y me marché, apreciaba a miss Arkadian, pero en ese momento sólo podía pensar en una cosa: en Lois.

Al día siguiente estaba por la mañana en la calle del Guerrero Español. El dueño me esperaba en la tienda.

—¿Lo encontró? —pregunté.

—Oh, sí. Venga. Espero que le guste.

Entramos en la trastienda. Sobre una banqueta había un gorro. Me le quedé mirando extrañado. Nunca había visto uno igual.

Era de color oscuro, casi negro, y de pelo largo, de forma redondeada, pero con dos aberturas, una a cada lado. Casi se hubiera pensado en unas orejas que faltaban.

Lo cogí. Exhalaba un ligero olor.

—¿Lo nota? —preguntó el ropavejero—. Yo también. Pero creo que se acostumbrará cuando lo lleve durante cierto tiempo.

—¿Qué son estas cosas? —pregunté.

—No lo sé. En realidad lo adquiriré con un lote y me llamó la atención.

Le miré el interior. Estaba forrado con una piel clara, amarillenta me pareció a la poca luz del local.

—¿Quiere probárselo? —preguntó. Me llevó hasta un espejo de cuerpo entero. Me lo puse y me miré. El efecto era extraño, pero me imaginé que cuando completara el disfraz con el traje de cosaco, aquello resultaría.

—Bien, si es lo mejor que ha podido encontrar...

—Creo que sí. ¿Se lo queda?

—Por cierto. Bien, dígame cuánto cuesta el traje.

—¿Lo quiere comprar o alquilar solamente?

—Alquilar. En realidad no sabría lo que hacer después con esto.

—Supongo que sí. Bien, tratándose de un amigo de míster Arkadian, lo dejaremos en... Citó una cantidad bastante más pequeña de la que yo pensaba gastar. Me alegré, porque no soy rico, sino un hombre que vive de su trabajo.

—El gorro puede quedárselo. Para los fríos inviernos creo que le resultará útil.

No me veía a mí mismo con traje de calle y aquel gorro, pero tal vez si alguna vez iba a la montaña...

—Gracias.

—Le envolveré el traje. No necesitaré enviarlo a limpiar. Yo mismo lo he hecho, caballero. Puede ponérselo con la absoluta seguridad de que no va a encontrar nada en las costuras. Je, je.

Me envolvió todo y le pagué.

—Mis recuerdos a míster Arkadian si lo ve —dijo cuándo me despedía—. Espero que le diga que le he atendido lo mejor posible.

—Así lo haré.

Me lo llevé todo a casa. El baile de disfraces sería el día 2 de febrero. Me quedaban, por tanto, nueve días.

Cuando estuve en mi vivienda no pude resistir la tentación. Me desnudé y me puse el traje de cosaco. En efecto, me sentaba perfectamente. Como llevo barba, ni siquiera necesitaba ponerme una postiza. Mi ancho pecho resaltaba aún más con las dos cananas cruzadas. Un puñal curvo en la cintura y el sable colgando, dentro de su funda de madera, completaban la ilusión. Resultaba un más que aceptable atamán de cosacos. Las botas de piel de Rusia eran suaves y cómodas.

Me encontré guapo y atractivo. Luego, me coloqué el gorro en la cabeza, ladeándolo como había visto en las fotografías que lo llevaban

antiguamente aquellos espléndidos jinetes y soldados.

Estaba frente al espejo. Me pareció que la luz había bajado, porque no me veía bien, abrí y cerré un momento los ojos, para enfocar mejor la visión.

Cuando volví a ver normalmente estaba en una habitación desnuda de muebles a excepción de una mesa y una estantería llena de libros. Sobre la mesa había un tintero de cristal y una pluma de ganso.

Yo había estado escribiendo con esa pluma sobre un papel grueso. Me puse en pie y me despecé. Luego salí de la habitación y recorrí un largo corredor que terminaba en una puerta de calle. La abrí y me asomé al exterior.

Un paisaje desolado, con nubes bajas y árboles privados de hojas, se extendía ante mí. La casa tenía un porche semicircular, columnado, y una escalinata que partía de la terraza, circuida ésta por una barandilla de piedra con un par de floreros también de piedra.

A lo lejos se veían unas montañas, en el horizonte, y a medio camino de ellas, un soto por el que corría el río.

En ese momento, y tras las nubes, el sol se ponía. Sentía una gran excitación, una agradable excitación, que recorría mi columna vertebral.

Estaba vestido con una vieja chaqueta de caza, pantalones breeches y botas altas. En el cuello, anudado al desgaire, un pañuelo de seda.

Ahora bien, en todos estos detalles no me fijé conscientemente. Simplemente sabía que era así. Yo estaba invitado en aquella casa.

A lo lejos se veía un pueblo, con la torre de una iglesia dominándolo.

Volví a entrar en mi casa y me dirigí a un amplio salón, en el medio del cual había una larga mesa de caoba. En uno de sus lados estaba mi cena. Mi criado, contrahecho y con dos tufos de pelo en las mejillas, me esperaba tras de la silla.

Cené y luego saqué una llave de mi bolsillo, subí las escaleras que llevaban al piso superior y abrí una puertecita. Pasada ésta me encontré en mi «sancta sanctorum».

Me arrodillé ante la cruz invertida que estaba en la pared e hice sobre mí el mismo signo. Luego recé en latín, comenzando por el final del «Padre nuestro» y palabra por palabra, llegué hasta el principio.

Estaba dispuesto. Miré a mí alrededor para ver si faltaba algo. Nada. Todo. Preparado el altar con un paño negro bordado, preparados los candelabros de plata con sus velas negras sin encender.

En un calendario estaba la fecha de ese día: 2 de febrero de 1933. Un gran día. Uno de Los Días.

Había en la habitación trece sillas. Las coloqué bien en fila, y contemplé el efecto. Perfecto.

Llamaron a la puerta. El criado asomó la cabeza.

—Ya están llegando, señor —dijo.

—Ya bajo.

En el salón, donde mi criado había encendido la amplia chimenea, estaban dos hombres y tres mujeres. Ellas me besaron la mano y ellos inclinaron la cabeza.

—Tráenos de beber —dije al criado.

Bebimos y charlamos durante un rato. Uno de los hombres dijo que le extrañaba que no hubiera llegado ya la elegida.

—Espero —repliqué—que no falte.

—No, eso no, claro. Pero ya debería haberla traído Thompson.

—Hay tiempo hasta las once y media —dije.

—Es la Elegida ideal —dijo el hombre mientras los demás le miraba con expectación—, absolutamente sola en el mundo, joven, bella y virgen.

—¿Eso está verificado? —preguntó una de las mujeres.

—Sí, eso es lo que tengo entendido, pero usted o la querida Janet podrán verificarlo por sí mismas, si así lo desean.

—Lo sabré tan pronto como la vea —respondí con soberbia—aunque podéis aseguráros de ellos si queréis.

Seguimos bebiendo y hablando de diversos temas, hasta que a las once oímos el ruido de un carruaje que llegaba.

Era un coche de caballos. En él venían otras cuatro personas. Conocía a tres de ellas, pero no a la cuarta.

Era una muchacha de unos dieciocho o diecinueve años. Muy bella, con el pelo negro y largo. Tenía los ojos brillantes.

Me besó la mano, como habían hecho las otras. Nada más verla me dije que era virgen. Pero al parecer las otras Hermanas querían asegurarse. La llevaron a un dormitorio y poco después volvieron.

—Virgen —dijeron extasiadas.

—Lo sabía —respondí—. Hermana, ¿cómo te llamas?

—Gween.

—¿Cuándo fuiste iniciada?

—Cuando tenía cinco años. Mi abuela lo hizo.

—¿Es la primera vez que te ofrendas?

—Sí.

Me volví hacia una de las mujeres que habían venido con ella. La llevé aparte.

—¿Lo sabe? —pregunté.

La mujer rió. Tenía unos cuarenta años y también era bella, aunque su boca tenía un gesto cruel. Enseñaba los dientes. Se llamaba Janet.

—Sólo el., principio —respondió—. Justo lo necesario. Lo demás... ¿para qué? —Preparadla.

Yo subí a mi cuarto. Me desnudé, y me puse la dalmática negra. En

ella bordada en plata, brillaba la cruz inversa. Luego, el gorro de Piel Sagrada. Después la máscara, cuyas orejas asomaron por las aberturas del gorro.

Desde mi dormitorio podía entrar en la Capilla, sin más que abrir la puertecilla de detrás del altar. Lo hice, mientras sonaba un cántico.

Todos estaban sentados cantando y se pusieron en pie al verme. Gween vestía una hopalanda blanca que contrastaba fuertemente con sus negros cabellos.

Las velas ardían, perfumadas con incienso y zumaque. Los Hermanos me saludaron, y Gween se arrodilló. Mi criado, vestido de monaguillo, preparó el Grimorio a mi izquierda. Se apagaron todas las luces menos las velas y la introducción comenzó, por el final. Todos los Hermanos repetían mis palabras. Cuando terminé, Janet y otra mujer trajeron hasta el altar a Gween, le quitaron la hopalanda y quedó completamente desnuda. Era de hermosas formas y carnes muy blancas. Se tendió de boca sobre el altar, y yo comencé a officiar la Misa Negra, sobre su espalda.

Cuando acabé, les di a todos la sacrílega comunión, con las Formas que había bendecido yo mismo en la iglesia del pueblo. Luego, todos se desnudaron y mientras mi criado tocaba la vihuela, comenzó el festín carnal.

Yo cogí a Gween, le di la vuelta y la tomé sobre el altar. Chilló de dolor y de placer cuando la poseí y encomendó al Señor de Este Mundo su desfloramiento.

Cuando acabé, vi que los demás yacían en el suelo, revueltos, los miembros cansados, pero los ojos brillantes estaban fijos en mí.

Fui hasta el armario donde guardaba las formas y saqué el puñal sagrado. Gween, con los ojos cerrados, yacía sobre el altar. Levanté el puñal y lo dejé caer sobre su pecho. Chilló, abrió los ojos, abrió la boca y un chorro de sangre brotó de ella. El cuchillo le había partido el corazón.

Un coro de alaridos se levantó entre los Hermanos. Yo me despojé del Gorro Sagrado. El Sacrificio estaba consumado.

Capítulo 2

ESTABA caído en el suelo, apoyado en el armario, y bañado en sudor. En mi mano el gorro de piel.

Me puse en pie y tambaleándome fui al cuarto de baño.

—Me he debido desmayar —dije al espejo, contemplando mi cara pálida, en la que la barba negreaba—. Con un diablo, me he debido desmayar.

Pero, ¿por qué? ¿El corazón? Nunca supe que padeciera de él. ¿El hígado? Ningún síntoma jamás. Bebo moderadamente aunque algunas veces me emborrache. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

Por otra parte, aquella espantosa pesadilla, cuyos detalles revivía perfectamente... Nunca supe que en un desmayo se tuviese sueños de ninguna clase.

Había algo curioso. La casa de la pesadilla. Yo recordaba haberla visto físicamente en algún sitio. Pero en ese momento no podía recordar dónde.

Llevaba aún el gorro en la mano. Lo solté y me quité el uniforme de cosaco. Volví a ponerme mis ropas de calle.

Las manos me temblaban ligeramente. Diablos, todo había sido de una realidad espantosa. Una misa negra, una misa diabólica. Yo había oído hablar de ellas, había leído de ellas, como todo el mundo, pero nada que contuviera aquellos detalles tan reales. Bueno, mejor olvidarlo. Me bebí un vaso de whisky con agua y en ese momento sonó el teléfono. Era Cora Arkadian. Preguntaba si podíamos vernos para hablar de su tesis. Estuve a punto de negarme, pero lo pensé mejor.

—¿En su casa?

—Sí, si no le molesta.

Cuando llegué a la casa, me recibió en el salón, donde también estaba su padre. Míster Arkadian, un hombre alto, de pelo negro con algunas canas, me ofreció una copa.

—Me temo que Cora esté abusando de usted, profesor Vance —dijo.

—En absoluto. Por otra parte, forma parte de mis obligaciones.

—Tiene usted mala cara, profesor —dijo Cora —¿Le ha ocurrido algo?

—Pues... por primera vez en mi vida me he desmayado.

—Oh —dijo Arkadian—, eso tendría que verlo un médico. ¿Alguna

causa conocida? —Ninguna. Estaba probándome el disfraz que llevaré al baile de miss Smith y de pronto me caí al suelo.

Ni se me ocurrió hablarles de la pesadilla. Hubieran creído que estaba inventándolo, seguramente.

—¿No ha consultado con un doctor?

—No. Lo haría en el caso de que eso se repitiese.

—Sí, debe hacerlo. ¿Lo recibió bien el viejo Meyersohn?

—Muy bien, al saber que iba de parte de usted. Gracias.

—A su servicio siempre, profesor.

Míster Arkadian nos dejó solos, tras de preguntarme si comería en la casa. Él no podía hacerlo, ya que tenía una reunión a la una.

—¿Seguro que no fue pensar en Lois Smith lo que le produjo el desmayo, profesor? —preguntó Cora con amabilidad. Me pareció observar un brillo especial en sus ojos. —Nunca me ha ocurrido —respondí—, aunque he pensado en ella muchas veces. Por otra parte no sería natural.

—Alguien debería desmayarla a ella... con un bate de baseball —murmuró.

—Dígame una razón.

—Por acaparadora. Creo que la mitad de los hombres de la ciudad está enamorada de ella y la otra mitad se prepara para enamorarse.

—No exagere. ¿Qué le parece si miramos sus notas?

—¿Tiene ganas de trabajar, profesor? ¿No se encuentra muy cansado tras de su desmayo?

Me puse en pie.

—Vea, Cora: no estaba tratando de atraer simpatías. En efecto, me desmayé, aunque eso le suene a débil mujercita. ¿No le ha ocurrido a usted nunca?

—Solamente cuando lo consideraba absolutamente necesario, aprendí a hacerlo a los siete años, cuando me negaban algo.

—Y luego habla usted de los caprichos de Lois.

—Sí, hablo de ellos. Venga aquí profesor y siéntese, a mi lado.

Yo estaba aún bajo el influjo de la atroz pesadilla.

—Creo que puesto que usted tampoco tiene ganas de trabajar, será mejor que me marche.

—No pienso comerle. No estoy jugando a ser Lois.

La miré severamente. Ella sonreía, divertida.

—Cora, es usted una buena estudiante, será una buena doctora en historia, pero...

—Pero no soy una mujer irresistible, lo sé. No hace falta que me lo restriegue por la nariz. Por el contrario, soy fea, tengo las piernas torcidas y pecho de tabla. No hay más que verme. Eso me hace sufrir.

Se levantó las faldas hasta más de medio muslo y enarcó el busto, enfundado en un suéter de punto.

Tenía unas hermosas piernas, redondas y nada delgadas por cierto. Y un pecho agresivo, de puntas bien marcadas.

—Vamos a no jugar. Cora —le dije—. No es usted fea y lo sabe, pero, ¿por qué me ha tomado bajo su punto de mira?

Ahora no sonreía. Sus ojos brillaban. Eran unos ojos negros, queregonaban su procedencia asiática. Tengo entendido que su padre vino de Armenia muy joven y que en América se casó con una muchacha de procedencia armenia también.

—Porque me gusta usted, barbas, y si después de esta confesión arrancada a la fuerza por medio de amenazas no desea seguir ayudándome en mi tesis, puede irse al diablo o..., a contárselo a Lois Smith para que ella vea lo irresistible que usted es, y tal vez eso la ablande. Vamos corra como un faldero detrás de ella.

—¡No sabe usted lo que dice! ¡No soy un faldero!

—¿No?

—¿Es que un hombre no puede enamorarse de una mujer sin ser llamado faldero?

—No, cuando se comporta como un ¡faldero!

Ahora estábamos los dos chillando, y enfadados de veras.

—Y no se da cuenta de que lo que Lois está haciendo con usted es lo mismo que hace con otros veinticinco hombres y treinta mozaletes: conseguir una corte, para sentirse la reina. ¡Eso no es una mujer, sino un coleccionista!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la conozco bien. Y ahora váyase si no quiere que le tire algo a la cabeza.

Me miraba, desafiante, con la boca apretada. Cogí mi trinchera y me largué.

—¡Y no hace falta que vuelva! ¡Ya me arreglaré con el profesor Jamieson!

No dije nada, allá ella. Eso me revelaba de mi compromiso.

Cuando llegué a casa llamé a Lois para preguntarle si quería salir conmigo. No podía. Tenía varios compromisos... Imposible. Pero que la llamase al día siguiente para ver si tenía un hueco y que no me olvidase de que tenía que ir al baile y que si había pensado en el disfraz.

Colgué, molesto, así que otro compromiso. Seguramente con Step, aquel imbécil que parecía salido de la portada del «Squire». Estuve a punto de tirar el teléfono al suelo, pero no lo hice.

No me encontraba bien. Cuando bebí otro whisky me di cuenta de que ya era el tercero, de la mañana, contando el que había tomado en casa de Arkadian.

Salí y procuré comer algo. Cuando volví. Cora estaba sentada en la escalera de casa.

Me miró y me pareció que en sus ojos había habido lágrimas.

—Lo siento, profesor. Me he comportado como una imbécil, y una cría.

—No presuma. Vamos, pase. ¿Ha comido?

—No, no pude. Francamente, estoy arrepentida. ¿Va a seguir humillándome?

—¡Demonios! ¿Así que soy yo quien la humilla?

—Sí, hace que me tenga que disculpar.

Pasamos a casa. Encendí la estufa eléctrica y al poco tiempo un agradable calor se esparció por la habitación. Eso me recordó de pronto la chimenea de la casa de mi sueño, aparté la idea con repulsión.

—¿Perdonada? —preguntó Cora.

—Por supuesto. Pero prométame que no volverá a hablar así de la señorita Smith.

—No lo haré, si no vuelve a ponerme en el disparadero.

—¿Comenzamos otra vez?

—No, no, palabra.

Llevaba unos «blue jeans» ajustados, lo cual permitía ver sus muslos redondos, y un suéter claro, muy grande.

—Tengo calor —dijo. Y se quitó el suéter. Debajo llevaba una camiseta blanca.

—Lo primero que va a hacer es comer algo —ordené—. Tal vez haya alguna cosa en el frigorífico. Se lo prepararé. ¿Un par de huevos?

—Déjeme, aunque llegue a convertirme en una doctora con muchas dioptrías y muchos dientes, sé cocinar.

Encontramos huevos y se preparó tres, con jamón y zumo de naranja. Se los comió con gran apetito, y sin dejar de hablar.

—Profesor —dijo—. ¿Cree de veras que debo continuar?

—¿Con qué?

—Con mi tesis. Dígamelo con sinceridad y le prometo aceptarlo con viril energía, si el dictamen es negativo.

—Usted está muy capacitada, Cora. Creo que debe seguir.

—¿Lo dice porque el ambiente es agradable y yo soy joven y atractiva?

Ya comenzábamos. La miré severamente.

—Lo digo porque es eso lo que opino, de lo contrario lo diría con igual franqueza. —Bueno, gracias. Continuaré, aunque a veces me parece que estoy quemando los mejores años de mi vida recorriendo bibliotecas y examinando microfilms mientras persigo las huellas de los españoles en el país. Por cierto, usted haría un bonito papel de

conquistador español. ¿Se imagina a sí mismo con un peto, un capacete en la cabeza y una espada de Toledo en la mano, tajando indios y procreando hijos a diestra y siniestra?

—No. Me veo más como un hermoso cosaco. Le voy a enseñar una cosa.

Traje el uniforme y se lo mostré.

—Diablos —dijo—. ¡Temblad judíos y revolucionarios; que ya están aquí los cosacos del Don, de Kazan y de Zaporogie! En efecto estará usted arrebatador. ¿Por qué no se lo prueba para que puede admirarlo e incluso desmayarme?

—No, ya lo hice antes. Fue precisamente cuando lo tenía puesto cuando sufrí el desmayo. ¡Oh, si lo digo así me veo a mí mismo como una inglesa victoriana, desfalleciendo! Pero el caso es que tuve algo así como un desmayo, una lipotimia, quizá. Cora estaba examinando el gorro.

—¿Qué cosa tan rara! Nunca he visto nada semejante. ¿De qué está hecho?

—Lo ignoro. Quizá de cordero o algo así.

—¿Es el que llevaban los cosacos?

—No. El traje no tenía gorro y Meyersohn buscó éste.

—Y huele de una manera rara. ¿Permite que me lo pruebe?

—Como quiera. Pero si luego se tiene que lavar la cabeza no será culpa mía.

Fue a mi dormitorio, donde estaba el espejo y se lo puso. Yo me serví un whisky en la salita. Lo bebí a pequeños sorbos cuando oí un ligero ruido en el dormitorio.

Fui hacia él y quedé asombrado. Cora Arkadian estaba caía junto a la cama, sentada en el suelo y la cabeza apoyada en la colcha. Tenía los ojos cerrados y la tez muy pálida.

Me precipité hacia ella, e intenté levantarla para colocarla sobre la cama. Pensaba en dos cosas distintas. La primera que se había desmayado, la segunda que fingía un desmayo con algún objeto. Pero una palidez como la suya no se simula fácilmente.

Por fin lo logré. Demonios, soy fuerte, pero un cuerpo desmayado es algo difícil de manejar. Le di unos ligeros golpecitos en las mejillas y corrí para buscar agua.

Cuando volví la encontré en el mismo estado. Le quité el gorro y acerqué el agua a sus labios. Movié la cabeza y abrió los ojos.

—¿Qué... qué me ha ocurrido?

—Se desmayó. Cora ¿cómo se encuentra?

—No sé... mejor...

Me miró y había en sus ojos una mirada extraña. Yo diría que..., asustada.

—Corra, ¿qué le ocurre? ¿Qué sintió?

—Acababa de ponerme ese gorro, cuando vi ennegrecerse todo a mí alrededor. Luego... luego no recuerdo nada hasta que me despertó usted.

Había hecho una pausa entre los dos adverbios. Una pausa que yo capté.

—Bueno, ahora se encuentra mejor, ¿verdad?

Se puso en pie. La cogí del brazo, la llevé al salón y le preparé una copa de whisky.

La bebió. Cada vez que me miraba notaba aquella mirada como... huidiza.

—Ya estoy bien —dijo por último—. Lo que creo que voy a hacer es volverme a casa.

—La acompaño. No quiero que conduzca sola.

—No es necesario...

—Lo es. Lo exijo. Vamos.

La llevé a su casa. Por el camino no hablamos.

—No le diga nada a mi padre, por favor. No quiero que se preocupe. ¿Me lo promete? —Sí, pero si le repitiera...

—Llamaría al médico, no tema. Es curioso... usted y yo, el mismo día, ¿verdad? Eso parece un efecto de simpatía.

Pese a sus palabras irónicas, seguía preocupada. Me pregunté por qué. ¿Tal vez por su salud? Con acudir a un médico...

La dejé en su casa, haciéndole prometer que se acostaría. Luego me marché.

Fue cuando estaba en el bar, donde solíamos reunirnos profesores y estudiantes, cuando me di un golpe en la frente con la palma de la mano.

¿Coincidencia? ¿Qué habíamos estado haciendo ambos cuando nos desmayamos?

Yo me había puesto el uniforme. Ella se estaba probando el gorro, es decir lo tenía ya puesto cuando se desmayó, porque yo la encontré con él en la cabeza.

Yo me había probado el uniforme, había dado varias vueltas con él, me había examinado de espalda, de perfil y de frente y no había ocurrido nada.

Nada hasta que me encasqueté el gorro de piel.

Lo mismo que ella.

¿El gorro?

Pero, ¿qué podía haber en un simple gorro de piel que hiciera desvanecerse a dos personas? La respuesta era: nada.

Y sin embargo...

Pagué mi bebida, rechacé un par de invitaciones de algunos profesores y alumnos y volví a casa. Era ya de noche, una noche ventosa y polar. Una cellisca clavó en mi rostro alfilerazos helados.

Llegué a casa y lo primero que hice en cuanto me quité el gabán fue ir al dormitorio. El gorro estaba sobre la cama, donde lo había dejado al despojarle de él a Cora Arkadian. Lo cogí y lo examiné por todos lados. Nada, un gorro de piel lanuda, con un forro de otra piel amarillenta y desprovista de pelo.

Únicamente... ¿El olor?

El olor, sin duda ahí debía estar el quid. Era un olor más bien penetrante e incluso desagradable. Pues ese era el motivo, arreglado estaba si tenía que llevarlo toda una noche, en el baile.

Había que saber. Yo no soy de esas personas que cierran los ojos a las dificultades o a los problemas.

Me senté en la cama y me coloqué el gorro sobre la cabeza.

La luz bajó de intensidad, casi bruscamente.

Me desprendí lentamente de la sobrepelliz. Hacía calor. El sacristán tras de limpiar el vaso con la patena, me ayudó a ponerme la chaqueta. Yo llevaba puesto el alzacuello.

—Huf, qué calor, padre —me dijo el sacristán—, ¿A qué hora lo recibirá Su Eminencia? —A las dos —respondí.

Cuando salí, el atrio de la iglesia estaba aún lleno de gente. Las mujeres llevaban vestidos veraniegos de vivos colores y algunas de ellas aún tenían los ligeros velos con que habían oído la misa.

Janet se aproximó a mí.

—Una espléndida homilía, padre —me dijo—. Estoy emocionada.

Los hombres llevaban trajes oscuros, pese al calor, cuellos duros y sombreros redondos de paja, que se quitaron para saludarme.

—Las damas de la congregación se reunirán el jueves, padre —dijo Janet enseñando sus dientes un poco puntiagudos—, ¿Podría usted honrarnos con su presencia? —Seguramente, seguramente.

—En cuanto a su Eminencia...

—Su Eminencia el obispo sólo permanecerá hoy y mañana lunes entre nosotros—respondí mirándola. Bajo su vestido verde, con mangas en señal de respeto, yo adivinaba su cuerpo pleno, de mujer de cuarenta años. Sus ojos eran también verdosos. Su marido, el industrial Horten, estaba a su lado; un hombre más bien menudo, de ojos fríos.

—¿Comerá con nosotros, padre? —me preguntó.

—Imposible, señor Horten. Estoy citado con el señor obispo. Pero tal vez los visite esta tarde.

—Otro domingo tal vez. Se lo confieso, padre: Janet es distinta cuando usted nos honra con su presencia. Tiene mucha fe en usted.

—Mi querido amigo, y yo la tengo en mis feligreses. Creo que he

tenido mucha suerte en esta parroquia. Y ahora, si me lo permiten...

Horten era uno de los principales pilares de la iglesia en el pueblo. Sus donativos en metálico eran de los más pródigos y abundantes.

Me despedí de los asistentes. Fui a casa donde mi criado tenía ya preparada la mesa. La rectoría estaba junto a la iglesia, a las dos llegó el Obispo en un «Ford T».

Lo recibí en la puerta, besándole el anillo de amatista. Estaba serio.

—¿Desea beber algo, eminencia? ¿Algún refresco?

—Nada, gracias. Se sentó en mi sillón y me miró con fijeza.

—Padre, mi visita no es solamente pastoral.

—Espero que vuestra eminencia me ilustre.

—Lo haré enseguida. Padre, he oído ciertos rumores...

Yo aguardé, tranquilo, pero no respondí.

—Esos rumores se refieren a...

Él era quien estaba violento, no yo.

—Ciertos rumores —repitió dándole vueltas a su anillo—, que se refieren a usted.

En vista de que yo nada decía, prosiguió:

—En fin, sinceridad es mi lema: ha llegado a mis oídos el rumor de que una de las feligreses y usted mantienen una amistad... que piadosamente sólo puedo calificar de... peligrosamente íntima.

—¿Y vuestra eminencia lo ha creído?

Apartó los ojos, para fijarlos en la ventana.

—No lo he creído, pero pienso abrir una investigación, padre.

—Me alegro, eminencia. Esa investigación revelará mi inocencia y la de la dama en cuestión, que por cierto no sé quién pueda ser.

—Ha habido otros rumores, pero... no he hecho caso de ellos, por supuesto. No obstante, padre, tras de meditarlo profundamente, he decidido que quizá en otro lugar serían sus oficios más útiles que aquí.

—¿Ha decidido trasladarme, eminencia?

—Sí. Debo confesar que sí. Espero que tales rumores sean eso, sólo rumores malintencionados, pero mientras tanto considero que la Iglesia estará mejor servida con usted en otra parroquia... o en alguna vicaría.

Comprendí que aquel imbécil estaba absolutamente decidido. Y yo no quería cambiar de parroquia. No quería ni me convenía.

Me incliné.

—Siempre acataré con respeto las decisiones de vuestra eminencia —dije—. Esa investigación espero que sea vuestra eminencia quien la lleve a cabo.

—Hasta ahora —respondió—. Sólo yo estoy al cabo de dichos rumores, padre. He querido guardarlo en secreto. Sólo a usted he hablado hasta ahora de ello, a nadie más. Pero supongo que tendré que

nombrar un encargado para la investigación que será, por supuesto, lo más reservada posible, y que, espero también resulte negativa para bien de todos.

—Gracias Eminencia. ¿Piensa marcharse vuestra Eminencia hoy mismo o hará noche en la rectoría?

—He conducido mucho hoy. Me iré mañana, tras de descansar un poco.

Le conduje al cuarto de la visitas. Luego, cogí una maceta con una aspidistra que había en la ventana de la salita y la cambié de lugar. Había estado en la parte derecha de la ventana y la coloqué en la izquierda.

Luego esperé hasta ver pasar a Janet que acompañada de otras dos mujeres pasaba ante la rectoría y miraba a la ventana. Entonces cogí mi caballo y me encaminé hacia el río, en un lugar en que éste se encajonaba entre dos altos murallones. En uno de estos había una cueva. Esperé allí.

Janet llegó una hora después. También venía a caballo.

Le expliqué lo que había ocurrido.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo sabrás enseguida. Sólo quería que estuvieras advertida.

—Pero no pensarás dejar que te destinen a otro lado, ¿verdad?

—Claro que no.

Me abrazó ardientemente. Era insaciable, pero esta vez no pude complacerla, aunque se desordenó las ropas para tentarme mejor.

—Hoy no —respondí. Debo estar preparado. Tengo que consultar con *El*.

Con el vestido desabrochado parecía una bacante. Su pelirroja cabellera brillaba en la tarde de verano.

—No te irás. No podría resistirlo..., ahora —dijo con los ojos relucientes, los dientes desenmangados.

—No, no me iré.

Volvió al pueblo y luego yo me dirigí hacia la casa de la loma, allí, en mi «sancta sanctorum», recé ante El Señor del Mal. El me iluminó. Volví a la rectoría y hablé a mi contrahecho criado.

Me entendió perfectamente.

—No hay problema, padre —dijo.

El obispo se marchó al día siguiente, tras de haber cenado conmigo, pero sin hablar más del asunto. Sólo cuando se iba, dijo:

—Padre, recibirá pronto la orden de traslado.

—Gracias, Eminencia.

Esa misma tarde los patrulleros de la carretera encontraron el «Ford T» del Obispo en un barranco. Su Eminencia se había clavado el volante

en el pecho y tenía partida la columna vertebral. Estaba muerto.

El dictamen de los expertos fue que algo debía haberle fallado en la dirección del automóvil, y que el volante había quedado loco. No se les ocurrió investigar si alguien había limado una pieza de dicha dirección.

Yo fui a la capilla ardiente que se instaló en la ciudad, ante el cadáver del Obispo, recé y permití que algunas lágrimas asomasen a mis ojos.

Ninguna noticia me llegó en los meses siguientes de que pensasen trasladarme de destino.

Dos noches después, nos reunimos Janet y yo y un selecto grupo en la casa de la colina, y celebramos con vino maldecido previamente la muerte del indiscreto pastor de almas. Sobre el vientre de Janet oficié una Misa Negra en la que abundaron sacrilegios obscenos. Cuando me quité el gorro de piel sagrada, era ya la madrugada.

Capítulo 3

ESTABA tendido en la cama con el gorro en la mano.

Esta vez no tan soliviantado como la anterior, pero sí horrorizado. Me puse en pie con las piernas flojas, temblequeantes. ¡Había sido todo tan real, tan vivido! Había visto al obispo con la cara destrozada, el pecho hundido. Había visto escenas de una lujuria bestial sin apenas humanidad. Lo había visto y aún lo tenía ante los ojos.

Tiré el gorro a un rincón, mirándolo con odio, ahora ya no podía caber duda alguna. Era aquella maldita prenda de hedor penetrante la que producía las pesadillas. Pero, ¿cómo? Un hedor...

Tal vez estaba impregnada en una sustancia alucinógena. Eso debía ser. Pero, ¿cómo es que me hacía tener lo que los franceses llaman *cauchemar*, pesadillas tan reales y además que se concatenaban entre sí? Porque no me cabía duda de que en ambas ensoñaciones yo era la misma persona. Un cura rural, un hombre que vivía en un pueblecito y que en una casa situada en lo alto de una colina llevaba a cabo aquellas obscenidades, aquellos sacrilegios. Un demoníaco, adorador del diablo.

No podía comprenderlo. Pero desde luego, iba a hacer que alguien me dijera lo que había en el gorro de piel.

¡Cora! Cora también se había desvanecido. ¿Sería posible que ella también hubiera tenido una pesadilla? Su manera de mirarme cuando volvió en sí...

Cogí el teléfono y pedí a la criada de míster Arkadian que llamase a Cora, a los pocos instantes escuché su voz.

—Cora, quiero que me diga una cosa. Cuando usted se desvaneció... ¿pensó algo, o sintió algo o..., soñó algo?

Hubo un silencio. Un silencio tan largo que creí que ella se había retirado del teléfono.

—¿Por qué... por qué lo pregunta, profesor?

—Dígamelo por favor. Es muy importante.

—¿Para usted?

—Y tal vez para otros. ¿Puede decírmelo?

—Sí. Tuve una pesadilla.

—¿Qué clase de pesadilla? —pregunté sintiéndome aliviado en cierto modo, al menos no era yo sólo quien lo experimentaba.

—Pues..., algo horrible. No quiero hablar de ello. Pero, ¿por qué lo

sabe?

—Se lo explicaré más tarde. Palabra. Pero ahora quisiera que me dijera qué pesadilla fue esa, de qué clase y...

—Profesor —dijo serenamente y esta vez sin su ironía habitual—. No hablaría de eso con nadie porque... me moriría de vergüenza. Ni siquiera por teléfono. Déjeme decirle sólo una cosa: no soy una mojigata, no soy una niña tonta ni victoriana, pero lo que soñé fue tan repugnante, obsceno y... ponga usted mismo los adjetivos, que no hablaría de ello por nada del mundo. Y menos... con usted.

—Comprendo —dije—. ¿Se refería a algo también sacrílego? ¿A algo parecido a misas negras, a algún rito diabólico?

Hubo otro silencio.

—Profesor, usted sabe algo y exijo que me lo diga. ¿Qué es lo que sabe, o qué...? No me gusta decir esto, pero, ¿me dio algo? ¿Algún alucinógeno?

—Puedo asegurarle que no. Le doy mi palabra. ¿Qué piensa, que intenté abusar de usted o experimentar con usted? Fue usted quien quiso probarse el...

Me detuve a tiempo. Ella no podía saber aún nada del efecto que producía el gorro. —Profesor, usted sabe algo, repito. Y quiero que me lo diga inmediatamente.

—No, por teléfono, no. Lo haré cara a cara. Hoy es muy tarde. ¿Mañana?

—Está bien —dijo. Y colgó secamente.

Comprendí que estaba intrigada, intrigada y quizá enfadada. Pero, ¿tenía yo la culpa, acaso?

Esa noche apenas dormí, a la mañana siguiente metí el gorro en una bolsa de papel y la llevé al peletero que tenía su establecimiento dos calles más abajo. El hombre era otro judío, pero mucho más próspero al parecer.

—¿Qué de qué es esta piel? —preguntó—. Pues... es muy fácil. Es curioso, pero nunca he visto un gorro de estas características. Por supuesto, no creo que haya sido fabricado aquí, sino traído de fuera del país.

—Pero, ¿qué es, por favor?

—Ah, sí, claro. Curioso, muy curioso, con estas aberturas a los lados, de cabra, es de cabra, por supuesto. Es más, aseguraría que de cabra macho, aunque tendría que examinarlo más atentamente.

—Así que de cabra.

—Sí. Vea.

Y me dio una serie de explicaciones técnicas. Era de cabra, pero de una cabra que no había visto nunca en el país.

—Yo diría que procede de alguna región europea o asiática.

—¿Y el olor?

El hombre ya estaba olfateándola. Puso un gesto de desagrado.

—Sí que huele particularmente. ¿Podría saber cómo ha llegado esta prenda a sus manos?

—Por una casualidad. En cuanto al olor...

—Pues... verá: yo diría que es el olor de la misma cabra. Ya sabe usted que esos animales despiden un hedor penetrante. Pero al mismo tiempo observo que esta piel tiene bastantes años de antigüedad. No creo que el olor hubiera podido permanecer hasta ahora. Curioso, muy curioso.

Dio la vuelta a la prenda.

—En cuanto al forro... Una piel más fina, casi lampiña... No sé, no creo conocerla, aunque diría... no, claro, es imposible.

—Diría, ¿qué? —pregunté.

—Nada, no creo... Bien si eso es todo caballero...

Le di las gracias y me fui a la Universidad. En uno de los laboratorios de Biología encontré al profesor Andrassy, calentando un preparado en el mechero.

—Profesor —dije—, quisiera que me dijera usted todo lo que pudiera sobre este gorro.

Qué clase de piel es la que tiene por fuera y por dentro. Todo, en fin.

—Hum —replicó cogiendo la prenda y dándole vueltas entre las manos—. Eso llevará algún tiempo. ¿Puede esperar unos días?

Andrassy me debía algunos favores. Yo le había defendido siempre en el claustro de profesores y conseguido para él algunas mejoras debido a mi amistad con el rector.

—Verá, profesor —repliqué—, preferiría que lo examinara cuanto antes si es posible.

Me miró con sus ojillos miopes.

—Lo haré lo antes posible, pero no creo que hasta mañana pueda adelantarle nada. —Huélalo.

Lo hizo.

—Hum, hum, lo que le decía. Tendré que llevarlo al departamento de química para que lo analicen. Venga mañana y ya sabré algo.

—De acuerdo, y gracias.

Di mis dos clases y luego llamé por teléfono a Lois. Cuando se puso le pregunté, un poco rastreramente si podíamos salir juntos esa tarde.

—Estoy tan ocupada... Los preparativos del baile me tienen absolutamente enloquecida. Si acaso, a la noche, podemos tomar una copa en el «Zombie».

—De acuerdo.

Sintiéndome un poco desdichado, pensé en pasarme la tarde en casa,

corrigiendo algunos trabajos. Pero antes de marchar, recibí otra llamada. Era Cora Arkadian.

—¿Recuerda que tenía que decirme algo, profesor? —preguntó.

—No lo he olvidado, pero estuve muy ocupado. Mañana tal vez...

—Quisiera verle esta tarde —su voz sonaba un poco seca, y al mismo tiempo como preocupada.

—Comamos juntos —repliqué—. Pero de todas formas, poco le podré decir hasta mañana.

Quedamos en un restaurante italiano. Cuando llegué, ella me esperaba ya. Pedí «fettucini» y «scalopini a la marsala». Ella, lo mismo, apenas habíamos comenzado a comer, cuando me interrogó con la mirada. Era una mirada entre belicosa y... prevenida diría yo.

—Bien, ¿qué tiene que decirme?

—Cora, usted no me ha contestado. Su «cauchemar», su pesadilla, ¿tenía algo que ver con algo diabólico?

—Le voy a ser sincera, profesor, pero luego tendrá usted que serlo a su vez conmigo: sí, asentí lentamente con la cabeza.

—Algo diabólico y al mismo tiempo obsceno, ¿verdad?

Movió la cabeza afirmativamente. Un leve color subió a sus mejillas. No es fácil en los tiempos actuales ruborizar a una muchacha, pero juraría que ella se había ruborizado. Y si había soñado lo mismo que yo, había algún motivo para ello.

—Es el gorro —dije de pronto—, ahora estoy completamente seguro.

—¿El gorro? —preguntó incrédulamente, con el tenedor en el aire, sin llevárselo a la boca.

—El gorro. La primera vez que me lo probé, me desmayé y soñé... cosas seguramente parecidas a las que usted soñó. Luego, usted, anoche volví a hacer la prueba. Y... lo mismo.

—Pero eso es... es imposible. No estamos en la Edad Media, profesor. Estamos en el último tercio del siglo Veinte.

—¿Qué pensó usted cuando yo le hice la pregunta por teléfono, Cora? Que le había dado algún alucinógeno en el jugo de naranja, ¿verdad?

—Al preguntarme lo que había soñado y adivinarlo de aquella manera, sí, lo confieso. Pensé que había empleado alguno. No entiendo mucho de esas cosas. No las he probado nunca, pero tengo entendido que producen efectos muy extraños. Todo el mundo lo dice.

—Pues bien, nada le puse en el jugo de naranja. Nada en absoluto, y usted fumó sus propios cigarrillos, así que... decidí probar de nuevo y ya lo ve.

Estuvo silenciosa un rato.

—¿Hay algo en el gorro? —preguntó.

—Lo está analizando Andrassy. Pero un peletero me ha dicho que es

de piel de cabra, y que el olor procede seguramente del mismo animal. Y que parece bastante antiguo.

—Ya. Entonces usted cree que provoca alucinaciones, ¿no es eso?

—Ahora estoy completamente seguro de que produce «algo», aunque no sé si alucinaciones u otra cosa. Cora, en mis dos sueños, en mis dos alucinaciones, por llamarlas como usted, yo era un cura que oficiaba al mismo tiempo misas negras, con un grupo de personas, en un pueblo. Y... después de la misa...

—Lo sé —respondió estremeciéndose—. Lo he soñado también, profesor. Era repugnante.

—Pero, usted, ¿quién era?

—No me gusta hablar de eso, pero... supongo que habrá que enfocarlo un poco científicamente. Yo era una muchacha campesina, a la que mi abuela llevaba a un lugar en el bosque, allí había una hoguera y muchas personas que comían y bailaban. Luego aparecía alguien con una máscara y un gorro... ¡un gorro, Dane!

Por primera vez había usado mi nombre de pila. Debió hacerlo sin darse cuenta, porque siempre había conservado el tratamiento.

—Siga —le urgi.

—Perdone, profesor.

—No, no, está bien, llámeme así.

—Pues esa persona, ese... lo que fuera, me violaba sobre una piedra. Pero no era una violación... pudiéramos llamarla normal, si es que alguna vez lo son, sino algo..., algo... ¡No quiero seguir hablando de ello!

—Lo comprendo. Y ya tengo bastante. Cora, mañana sabremos algo nuevo sobre ese maldito gorro. Pero hay otra cosa. La cosa es que ese cura, en mis alucinaciones soy yo, la casa en que celebraba sus ritos diabólicos, yo la he visto físicamente en alguna parte, y estoy tratando de averiguar dónde y cuándo.

—Pero, ¿aquí? ¿En la ciudad?

—No, no, en el campo, pero tengo idea de que no es lejos de aquí. Y voy a coger mi coche y a buscar hasta que dé con ello. Porque... No le había dicho todo, Cora. En mi última alucinación yo asesiné a un obispo.

—¿Católico?

—Sí. Mi criado, un ser contrahecho, con tufos de pelo en las orejas y en la cara, por orden mía descompuso la dirección del coche del obispo, cuando éste me amenazaba con trasladarme de parroquia. El obispo murió.

—Dane, ¿usted cree que sólo son pesadillas o piensa que en alguna ocasión, usted...? —No lo sé —respondí desalentado—. Lo ignoro, pero creo más bien que ese gorro lo usó alguien o algunos, y ahora... ejerce

algo así como una *déja vue*, sobre los que se lo ponen. Ya sabe, cuando alguien al observar una cosa, siente instintivamente que ya la ha visto antes.

—Sé lo que quiere decir, por supuesto. Bien, profesor...

—Dane. Por lo menos mientras estemos solos.

—Bien, Dane, somos dos personas que entienden algo de historia. Creo que no sería muy difícil tratar de averiguar qué hay de cierto en todo eso.

—¿Me ayudaría usted?

—¿Después de esa experiencia? Puede asegurar que sí. Sólo que no sé si sería capaz de volver a probarme el gorro.

Terminamos de comer. Yo no tenía clase esa tarde, así que hasta la hora en que había quedado con Lois, tenía un espacio vacío.

—¿Tiene algo que hacer, Cora?

—Pues... nada especial ni urgente. ¿Por qué?

—Vamos a dar un paseo por el campo.

Parte de su antiguo humor irónico reapareció en Cora.

—Espero que sus intenciones sean honorables, profesor.

—Podrían publicarse en un cuento infantil.

—Eso me pierdo, de acuerdo. ¿Dónde vamos?

—No lo sé.

—Supongo que quiere buscar la casa.

—Supone bien.

Cogí un mapa del condado y me puse a buscar. Había muchos pueblos y resultaba muy difícil saber dónde investigar.

—Cora, ¿tiene alguna idea de en qué época ocurriría su alucinación?

—No lo sé.

—Los trajes, los vestidos...

—Oh, la gente no iba precisamente muy vestida para... Dejémoslo. No, no tengo idea. —Pues yo, sí. Era en 1933. Lo vi en un calendario.

—Vamos a la biblioteca pública.

Teníamos una allí cerca. Pedí algunos mapas del condado y del Estado de la época que precisaba. Los examinamos juntos. Había varios sitios posibles. Pedí que me sacasen fotocopias y con ellos en la mano salimos de la ciudad, atravesando el río Sillatoe.

De todas formas no pudimos hacer gran cosa. La tarde estaba oscura, y pronto caería la noche. Tuvimos tiempo de recorrer unos cincuenta kilómetros, pero nada vi que me recordase siquiera el pueblo o la colina, con su casa colonial.

Volvimos. Cora quiso que pasara a su casa, pero pensando en que Lois me esperaba, me negué, de allí me fui al «Zombie» y en medio de aquella oscuridad rojiza, esperé, a las ocho y media llegó Lois, pero no

iba sola, sino acompañada por el imbécil de Step, el hombre que no necesitaba trabajar para vivir, que pasea sus bien cortados trajes y suéters y no se pierde una premiére aunque tenga que recorrer los Estados Unidos de costa a costa.

Aquello me amargó la noche, palabra. Había esperado ver a solas a Lois, hablar con ella, decirle que...

—Pero, ¿qué te ocurre? —preguntó Lois—. Palabra que parece como si estuvieras apagado. No habrás pescado la gripe, ¿verdad?

—No, no he pescado la gripe.

Step propuso que nos fuésemos de allí. Su idea de la diversión era recorrer club tras club, y acariciar una rodilla de Lois, y parecía esperar que yo acariciara la otra. Dije que tenía trabajo y me despedí de ellos.

Cuando me marchaba, Lois me dijo en voz baja:

—¿Para esto querías verme, Dane? Tienes un sentido muy extraño de lo que es una cita. Súbitamente tuve una idea.

—Tengo que enseñarte una cosa muy extraña, Lois.

—¿Ahora?

—No, ahora no, pero te llamaré mañana o pasado mañana.

—Pero, ¿qué es?

—Lo siento, pero no te lo puedo decir. Tienes que verlo tú misma.

—¿No será un pretexto para verme?

—No. Y tienes que verlo tú sola. Es algo único.

Me miró con sus inmensos ojos verdes.

—Bueno, Dane. Estás muy extraño y misterioso y maldito si me gustan los misterios si no intervengo yo en ellos.

—En este intervendrás —repliqué y dejé el «Zombie».

Capítulo 4

A mediodía, cuando terminé mis clases, fui a ver a Andrassy.

—Tengo algo para usted, profesor Vance. Comencemos: el gorro es de piel de cabra y tiene como poco una antigüedad de doscientos años, aunque está muy bien conservado.

—¡Doscientos años! —repliqué asombrado— ¿Es posible?

—Y tan posible. Cuando digo que es de piel de cabra macho, me estoy refiriendo a la parte exterior. La interior es de piel humana y también tiene gran antigüedad.

Mi asombro crecía.

—Del departamento de química me han dicho que el olor procede de una sustancia que impregnó la piel y que al paso de los años se ha enranciado hasta producir ese peculiar hedor.

—¿Qué sustancia? Ha hecho usted un buen trabajo, profesor.

—Gracias —respondió modestamente—. ¿Qué sustancia dice? al parecer es una composición en la que entra beleño, belladona, cáñamo, betel, cantárida y opio, entre otras. Esta composición es menos antigua que la confección del gorro, pero tiene también bastantes años de existencia.

—¿Ya qué le suena eso, profesor Andrassy?

—Debía ser algo así como un ungüento. Todos los componentes son extractos de hierbas venenosas, como usted sabe.

—¿Alucinógenas?

—Sí, por supuesto. Yo diría, pero sin tener elementos exactos de juicio, yo diría, a priori, que se asemeja mucho a lo que en la edad media llamaban el *ungüento de las brujas*. ¿Ha oído hablar de ello, querido Vance?

—Sí, creo que sí. Se suponía que era lo que les permitía viajar en el espacio para asistir a sus aquelarres, a sus sabbats, ¿no?

—Tal creo. Ellas se lo untaban en diversas partes del cuerpo, sobre todo en los orificios naturales del cuerpo y en las axilas, y creían volar y asistir a esas cosas. Bien, eso es todo lo que puedo decirle sobre el gorro.

Me lo tendió envuelto en su bolsa de papel. Dice mucho en favor de Andrassy, que ni siquiera me preguntó cómo lo había conseguido, ni lo que pensaba hacer con él. Su misión concluyó cuando terminó de analizarlo tan perfectamente.

Me lo llevé, tras de darle las gracias. Vi a Cora que salía de la biblioteca y fuimos al bar a tomar un café, allí se lo expliqué. Ella abrió mucho los ojos. Ya no estaba asustada, sino excitada.

—Dane, pero eso es... ¡fabuloso! La Edad Media, hemos retrocedido a la Edad Media. ¿Qué piensa hacer?

—Ir a preguntar a Meyersohn de dónde lo ha sacado. Creo que es el primer paso a dar.

—¿Le importaría que fuera con usted?

—No, claro que no.

Fuimos al Callejón del Guerrero Español. La puerta estaba cerrada, pero yo llamé hasta que el viejo judío abrió.

—¡Ah, es usted, caballero! Estaba comiendo.

—Lamento interrumpirle, no le entretendré mucho.

—Bien, pasen.

Entramos. Nos miró, esperando.

—Quisiera preguntarle de dónde sacó el gorro, señor Meyersohn.

—¿El gorro? Ah. Pues... no lo sé.

—¿No recuerda a quién lo compró?

—No tengo ni idea, caballero. Seguramente vendría a mí con algún lote.

—¿No podría tratar de recordarlo? Es... muy importante.

—Lo siento. Suelo tener buena memoria, aunque el paso de los años inclementes... Lo siento.

No había nada que hacer. Me despedí de él y salimos.

—Ese hombre está fingiendo o miente —dije. Cora asintió. Luego, de pronto, dijo:

—Dane, creo que podré ayudarle en algo. Lléveme a casa y luego me llama por teléfono, ¿quiere?

—De acuerdo.

La dejé en su casa, y volví a la mía, allí, en la calma de mi habitación, estuve mirando el gorro durante mucho rato, de pronto sentí el deseo de ponérmelo de nuevo. Era casi como una urgencia física. Quería saber lo que había sido del párroco.

No me atreví. Por una parte me atraía la idea y por otra me repelía. Me libró de la duda el sonido del teléfono. Era Cora, de nuevo.

—¿Se atreve a salir, Dane?

—¿Para ir dónde? Aunque, no me importa. Cualquier cosa es mejor que quedarme hoy en casa.

Cuando nos encontramos le dije lo que había estado pensando. Ella asintió. Luego dijo: —Dane, he hablado con mi padre. Fue él quien lo envió a usted a Meyersohn.

Me sobresalté.

—Espero que no le haya contado...

—No, sólo que usted quería saber algo, pero que Meyersohn no le había ayudado. Me dijo que solucionaría eso inmediatamente. Cogió el teléfono y habló con no sé quién. Luego me dijo que volvieras a ver a ese preñado.

—Su padre es un hombre influyente, Cora.

Me miró un poco borrosamente, pero no respondió.

Meyersohn nos recibió enseguida.

—He conseguido acordarme —dijo sonriendo—. Estuve pensando en ello y ¡me acordé!

—Muchas gracias —dije—. ¿Quién se lo vendió?

—Lo adquiriré hace unos diez años... —por eso no lograba recordar—, en un remate. Estaba en un lote encerrado en un baúl antiguo.

—¿Un lote? Y... ¿conserva el lote?

El viejo judío se restregó las manos. En su boca apareció una mueca.

—Pues... no, algunos los vendí...

—Soy Cora Arkadian —dijo en ese momento Cora con voz firme—. Mi padre me encargó que le saludara, míster Meyersohn, y me dijo que usted seguramente nos ayudaría... en todo.

—Oh, miss Arkadian... encantado. Es un placer. Pues... bien, sí, ahora recuerdo que tengo lo que ustedes quieren. Por favor, ¿quieren pasar y se lo enseño? Al parecer... —nos miró huidizamente—, al parecer es muy interesante para ustedes. Muy importante.

—Lo es —asintió Cora.

Bajo la trastienda había un sótano. Se accedía a él por una trampilla en el suelo, arkadian encendió la luz y bajamos cinco escalones. El sótano era grande y estaba repleto de toda clase de artículos. Un pasillo en forma de cruz permitía llegar hasta todos ellos. Meyersohn se dirigió sin vacilar, a uno de los extremos y nos mostró un gran baúl de roble, con abrazaderas de hierro herrumbroso. Toda la madera estaba tallada a navaja, al parecer, según pude ver de una primera ojeada.

—¿Quieren que lo abra? —preguntó.

Asentimos. Sacó una linterna del bolsillo de su guardapolvo, levantó la tapa del baúl y alumbró el interior.

Nos inclinamos sobre el borde y miramos. Lo primero que vimos fue dos candelabros de metal.

Los reconocí al instante. Los había visto en mi pesadilla. Eran los que estaban colocados sobre el altar para oficiar la Misa Negra. Luego había un paño negro, bordado, con una cruz invertida en un lado y un extraño andrógino, en el otro. Era una figura con cabeza de cabra, una antorcha entre los cuernos, la mitad del cuerpo femenina y la otra masculina. Un gran falo, con forma de caduceo, le salía del vientre.

—Un «Baphomet» —dijo Cora. Meyersohn asintió.

—He aquí por lo que no quería... pero tratándose de míster Arkadian... Estas cosas no me gustan demasiado, algunas personas me han pedido algunas veces cosas de éstas, pero siempre me he negado. No me gustan. Soy un hombre religioso.

El tercer objeto era un pomo, un frasco de cristal con tapadera de plata. Lo cogí y desenrosqué la tapadera. Dentro había una pasta reseca que olía lo mismo que el gorro.

Y luego, dos o tres libros. Sabía lo que eran sin necesidad de mirarlo: Grimorios.

Eso era todo.

—¿Y bien? —preguntó Meyersohn—. ¿Lo van a llevar? ¿Lo desean?

Miré a Cora y ella me devolvió la mirada. Moví la cabeza negativamente.

—Sólo el tarro, si no le importa.

—Oh, no, llévenselo.

Antes de volver a subir a la tienda, cogí la linterna y examiné las tallas del baúl, aunque ejecutadas por una mano no demasiado hábil, representaban escenas de obscenidad tremenda. Bajo la cerradura había otro «baphomet». En lugar de los ojos de cabra había engastadas dos piedras rojas.

—¿Rubíes? —preguntó el judío.

—No, no ya lo miré. Son cristales, simplemente.

Volvimos a la tienda. Yo miré al viejo prendero.

—¿Quién vendió esto? —preguntó.

—Se subastó, caballero. Procedía de una casa cuyo dueño murió. Los acreedores lo dieron a una casa de remates. Fue una subasta no pública. Unos cuantos prenderos, como yo. Yo pujé más alto y me lo llevé.

—¿Quiénes eran los deudores? —pregunté.

—No lo dijeron. El rematador no nos lo comunicó. Era una cosa poco importante, compréndalo, algunos muebles viejos y el baúl. Sólo sé que eran de Jeffersonville. Jeffersonville. Esto estaba a unas cien millas de la ciudad. Yo había estado allí con motivo de no me acordaba qué.

—¿Sabe usted alguna cosa más sobre el asunto, míster Meyersohn?

—No, ninguna más. Espero que su padre esté satisfecho, miss Arkadian.

—No lo dude.

Salimos. En la fría tarde nos quedamos mirándonos.

—Írá usted a Jefferson, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuándo?

—El sábado. Es decir, pasado mañana.

—¿Le importaría que fuera con usted?

No sólo no me importaba, sino que me alegré, y se lo dije. El resto de la tarde, hasta las nueve, estuvimos comentando parte de su tesis.

Cuando regresé a casa, el teléfono sonaba insistentemente. Era Lois.

—¿Dónde demonios estabas? Llevo una hora llamándote.

—Preparando unos trabajos.

—Bueno, conseguiste intrigarme. ¿Qué es lo que me querías enseñar?

—Tienes que venir a mi casa para verlo.

—¿Una trampa, querido? ¿Una encerrona?

—Piensa lo que quieras, pero no lo es. Palabra que quiero mostrarte algo.

—Estaré ahí dentro de media hora.

—Y, sola. No quiero ver a Step ni a nadie contigo.

—Cada vez creo más que es una añagaza para estar solo conmigo. Pero ya deberías conocerme: no sacarás nada de mí con esas cosas.

—Bueno, sólo te digo, eso, ahora, ven si quieres o no lo hagas.

Vino. No resiste los misterios. Ya había estado otras veces en casa, pero casi siempre acompañada.

—Bien, señor misterioso, ¿qué es?

—Mi disfraz. Mira.

Le enseñé el uniforme de cosaco. Lo miró con atención, pero pareció un poco decepcionada.

—Bien, muy bonito. Estarás precioso. Pero, ¿para eso me has hecho venir hasta aquí? Podías haber esperado hasta el día del baile.

—Creí que te interesaría verlo —respondí aparentando pesadumbre.

—Hubiera preferido llevarme entonces la sorpresa. Bien, dame algo para beber y me marcharé. Me llevarás a algún sitio, como compensación.

—Sí, claro.

Le preparé un sidecar y mientras lo tomaba le enseñé el gorro. Eso ya le interesó más. —¿Para qué sirven estas aberturas? —preguntó cogiéndolo—. Es un gorro muy extraño, a ver, pruébatelo.

—No, hazlo tú misma si quieres.

Fue hacia el espejo y se puso el gorro. Yo no le quitaba ojo. Vi cómo cerraba los ojos un momento y después se vino al suelo, lentamente, mientras se apoyaba en el armario. Procuré que no se hiciera daño en la cabeza y la dejé así, mientras me servía otro whisky y lo bebía.

El pulso me latía fuertemente. No estaba bien lo que había hecho, pero era un experimento. Como sé que un sueño que parece haber durado toda la noche en realidad se desarrolla en un solo segundo, no esperé demasiado. En cuanto terminé la bebida le quité el gorro.

Reaccionó inmediatamente. Yo estaba ya a su lado, con un pañuelo mojado en agua de colonia, restregándole las sienes, así me encontró

cuando abrió los ojos.

—¿Qué... que me ha ocurrido? —preguntó.

Seguí frotándole.

—Has debido tener un desvanecimiento —respondí—. Me has dado un susto horrible.

Se puso en pie, vacilante.

—Qué cosa más... más extraña —dijo.

—¿El qué? ¿Que te desmayases?

—No. ¿No habrás puesto nada en la bebida, verdad?

—Nada en absoluto. Tú misma me viste prepararlo.

—Pues he tenido una... pesadilla.

—¿Sí? Tal vez estés con el estómago vacío. Deberías comer algo.

—No es el estómago, Dane, qué tontería. Es...

Sus ojos brillaban. Hubiera dicho que estaba excitada, terriblemente excitada.

—¿Qué has soñado?

—Algo muy raro.

—Bueno... dime qué.

Me miró de una manera extraña. Pero no estaba avergonzada, como Cora.

—Ya lo haré. Más tarde.

La llevé a un par de bares. Cuando hubo tomado otras dos copas, me dijo simplemente: —Dane, si hubieras puesto algo en mi bebida te pediría que me dieras la receta.

—Ha debido ser un sueño muy placentero.

—Era algo maravilloso.

Yo estaba sobre ascuas. Quería saber lo que había sentido. ¿Sería posible que lo que para nosotros habían sido pesadillas, para ella fuera algo completamente distinto? —Explícate.

Volvió a mirarme. Yo sabía que Lois no era una virgen inocente, y suponía que varios hombres habían pasado por su cama, estaba casi seguro de ello. Por tanto me extrañaba esta renuncia a contármelo. Por otra parte, casi nunca se retraía para explicar ciertas cosas.

—Estuve en otro baile de disfraces —dijo de pronto.

—¿Cómo?

—Sí, en algo muy parecido a una iglesia.

—No te entiendo.

—Lo crearás o no, pero soñé que estaba en una especie de aquelarre. Había tipos muy pintorescos...

Los ojos le brillaban. Me contuve para no preguntarle si había sido violada por un demonio en forma de macho cabrío.

—Y allí —prosiguió—, había un hombre con un gorro de piel muy

parecido al tuyo. Sólo que por las aberturas le salían los cuernos. Todo acabó cuando iba a decir una misa... — se rió un poco roncamente—, sobre mi espalda.

—Hay sueños extrañísimos —dije satisfecho. Bien aquello había funcionado. Esperé para ver si me contaba algo más, pero ella, con los ojos perdidos en alguna ensoñación, apenas me miraba. Eso sí, en el coche, mientras íbamos hacia su casa, se apretó contra mí. Sentí su muslo junto al mío, y una oleada de deseo me subió desde el dedo gordo del pie hasta el cuello.

Cuando llegamos a su casa, no le pregunté siquiera si podía entrar. Lo hice. Lois estaba como jamás la había visto. Dos plaquetas encarnadas enrojecían sus mejillas.

—¿Qué quieres beber? —preguntó.

—Lo que quiero ya lo sabes —respondí. La cogí por los hombros y la besé en la boca. Respondió al beso, pero, de pronto, me vi a mí mismo pensando en Cora.

Era extraño. Había soñado mucho con aquel momento, y cuando llegaba pensaba en otra mujer. Debía ser porque había visto mucho a Cora en aquellos últimos días, de todas maneras era desconcertante.

Lois me cogió del brazo y me llevó hacia el piso superior, donde estaba su habitación. Su padre casi nunca estaba en casa, recorriendo su imperio económico, desde Venezuela a Yucatán.

Era visible que lo que quiera que fuese lo que había visto en su corto desmayo la había excitado terriblemente, y me pregunté hasta qué punto sería ético aprovecharme de una situación que yo en persona no había creado. Luego recordé la cantidad de veces que ella me había tomado el pelo y decidí dejar las cosas que siguieran su curso.

Vaya si lo siguieron. Desde luego Lois no era una tímida jovencita. Debo confesar que fue ella quien llevó la iniciativa desde el primer momento.

Les hago a ustedes gracia de lo que siguió, porque no se necesita mucha imaginación para adivinarlo. Pero sí les diré una cosa. Cuando me marché a casa estaba ligeramente asqueado. Lois, en su arranque erótico había llegado a repugnarme. Comprendí que al menos por el momento, y quizá para siempre, me había librado de su embrujo.

Porque la verdad es que se había portado como si efectivamente estuviera poseída, de su boca habían salido obscenidades que a ningún hombre medianamente sensible pueden gustar.

Capítulo 5

EL sábado salimos por la mañana temprano rumbo a Jeffersonville. La noche anterior había nevado un poco, pero la carretera estaba en buen estado. Únicamente que quizá nevaría más ese mismo día, pero no quisimos retrasar el viaje.

El día anterior, Lois me había llamado por teléfono varias veces, hasta que por último me encontró. Parecía muy satisfecha de la noche pasada, y por supuesto nada avergonzada. Quería verme para bla, bla, bla. Le dije que por el momento era imposible y se resintió de ello, altaneramente me amenazó con que cuando yo quisiera, ella se negaría, etc., etc.

Al diablo con Lois. Ni siquiera sabía en este momento, mientras rodábamos a sesenta millas por hora, si asistiría al condenado baile de disfraces.

Jefferson es una pequeña ciudad, entre colinas. Mientras coronábamos una de éstas vi el pueblo, y al momento lo reconocí. Había cambiado bastante, pero la torre de la iglesia, el paisaje en sí, era exactamente el mismo de mis sueños.

Jefferson es en su mayoría católica, ya que fue comenzada por emigrantes bávaros, aunque tomó su nombre de un pequeño fuerte durante las guerras indias.

Embocamos la calle principal y luego torcimos a la derecha. En una pequeña plaza, un espacio abierto, estaba emplazada la iglesia.

—¿Reconoces algo? —pregunté. Cora movió la cabeza negativamente.

—Todo ocurrió en el bosque excepto una pequeña parte que sucedió en una casucha, junto al río. Mi abuela era... una mujer pequeña y renegrida, una bruja auténtica. Todo lo demás fue en el bosque.

—Pues yo sí reconozco la iglesia.

La rectoría, la casa del párroco, no era la misma que la de mi sueño, ahora era un edificio nuevo, relativamente. Como la iglesia estaba abierta, penetramos en ella. Estábamos solos, y no pude encontrar al cura por ninguna parte.

—Se trata de encontrar la casa —dije.

El «Jefferson Examiner» era el periódico más antiguo de la ciudad. Tenía cincuenta años. Nos presentamos al director, un hombre de

mediana edad, de lentes montados al aire y aspecto dinámico.

—¿Profesores de historia? Encantado. ¿En qué puedo servirles?

Mentí con el mayor aplomo:

—Estamos haciendo una tesis sobre estos condados. Por el momento buscamos un poco de historia y algo sobre sociología.

—Bueno, dígame más claramente qué puntos desean. Les complaceré si puedo.

—Tengo entendido que hay casas de la época colonial aquí, lo cual resulta un poco extraño si son auténticas.

—Oh, ya veo. Pues sí, hay dos. Pero una de ellas está casi destruida y dentro de poco van a comenzar las obras para una nueva urbanización de lujo.

Nos dijo dónde estaban y poco faltó para que se ofreciera a acompañarnos. Según él, la historia era uno de sus «hobbys».

No tuvimos necesidad de llegar a la segunda. Tan pronto como por el camino comunal embocamos la primera curva, vi el río, y la colina. Sobre ella «mi» casa.

Estaba en bastante mal estado. Ya recordaba yo que sus paredes estaban desconchadas, y tenía humedad en algunos sitios, pero ahora aquello se había agudizado. La escalinata que terminaba en una terraza, sobre la que se abría el porche columnado en forma de media luna, tenía rotos casi todos sus peldaños de piedra. Los floreros pétreos estaban caídos.

Yo me movía como si me hubiera pasado la vida en aquel lugar. El cielo bajo, plumoso, el aire, los árboles desnudos de hojas, todo ello le daba un aspecto un tanto irreal, un tanto lovecraftiano.

La puerta estaba cerrada. Pero una de las ventanas, no.

Nos miramos.

—Lo que piensa usted hacer, Dane, es un delito —observó ella.

—Pues voy a delinquir. Me voy a meter por esa ventana y voy a recorrer la casa.

Lo hice, y ella me siguió. En cuanto estuvimos dentro, notamos un ambiente opresor, y no sólo por el olor a cerrado y vacío. Era algo psíquico. Las paredes desnudas rezumaban maldad, para hablar sin ambages.

No había ningún mueble ya por supuesto, pero algunas ratas habían hecho sus nidos en los rincones.

Sin vacilar seguí hasta el comedor, que reconocí enseguida, de él, al cuarto en el que «yo» escribía mis alegatos satánicos, allí tuve una sorpresa: faltaba la estantería con los libros, pero estaba aún la desvencijada mesa sobre la que escribía. Sobre ella el tintero de cristal y saliendo de él una pluma de ave, reducida ya al cañón. Esos objetos no debían haber interesado a nadie.

Por último, con Cora siguiéndome, pegada a mis talones, pasamos a la capilla demoníaca. Sólo quedaba allí el altar, construido en un bloque de madera de castaño. Todo lo demás había desaparecido.

Ya he dicho que el ambiente era opresor, sobre todo en esa habitación. El aire, estancado, y en él creí revivir aún el aroma del incienso y del zumaque.

—¿Era aquí donde...? —preguntó Cora en voz baja.

—Sí. Ese era el altar sacrílego. Sólo que en mis sueños estaba revestido con el paño bordado que encontramos en la tienda de Meyersohn.

—Vámonos —tartamudeó—, ¡Oh, vámonos!

—Sí, creo que ya no queda gran cosa por ver. ¿Asustada?

—pregunté.

—No lo sé.

Estaba tan cerca de mí que pasé una mano sobre sus hombros. Ella se apretó contra mí, y alzó la cara. Una boca tan rosada, de labios ligeramente gruesos...

No pude evitarlo. La besé. En un principio ella no respondió, pero inmediatamente me echó los brazos al cuello y juntó las manos tras de mi nuca.

No sé el tiempo que estuvimos allí, besándonos, pero no debió bajar de dos o tres minutos. Nuestros cuerpos estaban pegados uno a otro. Sentí sobre mi pecho la presión de sus senos y mis manos comenzaron a moverse libremente en su cintura y caderas. —Oh —decía ella solamente—. ¡Oh, oh!

¿El frío? ¿El rumor tal vez de las patitas de una rata? Reaccionamos cuando ya mis manos acariciaban la suavidad de sus muslos enfundados en nylon.

Nos separamos un poco, ligeramente jadeantes.

—¿Lo ves? —dijo ella—. Tus propósitos eran...

—Deja en paz mis propósitos. Esto ha sido repentino.

—No me quejo, querido. Tú también podrías pensar que tenía propósitos ocultos al ver lo que ha ocurrido.

—Vámonos o no sé lo que va a ocurrir aquí —dije.

—Nada, porque hace demasiado frío y además..., este ambiente me produce... no lo sé. Pero vámonos.

Bajamos y salimos por la ventana. El frío era intenso. Volvimos a Jefferson y tomamos un café y rosquillas en un bar. Eran las doce y media. Nos dirigimos inmediatamente al ayuntamiento, que estaba abierto.

—¿La casa de la colina? —contestó el empleado de información, a mi pregunta—. Oh, que yo sepa no está en venta. Lo estuvo durante algún tiempo, pero luego al parecer, cambió el aspecto del asunto.

—¿Quién es el dueño? —inquirí.

—Unos australianos.

—¿Australianos?

—Sí, eran los herederos del antiguo dueño. Quien mejor le puede dar noticias de ellos es el agente de bienes raíces, míster Holmes. Vive en Main, sobre la tienda de ferretería.

Lo encontramos enseguida. En la oficina, míster Holmes, un hombre de unos setenta años, pero fuerte y vivaz, nos atendió.

—Oh —dijo—. Ese asunto... Cuando ocurrió aquello, los herederos vinieron de Australia y pusieron la casa en venta. Pero dos o tres años más tarde me escribieron diciendo que no querían venderla, porque tal vez algún día, cuando se retirasen de los negocios, vendrían a vivir aquí. Pero han transcurrido muchos años y no sé nada de ellos. Ya era tiempo de que se hubiesen retirado, digo yo. Je, je.

—Bueno, vamos a ver si nos aclaramos —dije—. ¿Quién era el dueño? ¿Quién vivía en ella?

—El dueño se llamaba Schwartz.

—¿Y qué fue de él? ¿Vivía en la casa?

—No. La tenía para pasar los veranos, pero él vivía en la ciudad. Cuando ocurrió aquello...

—Verá, míster Holmes, es que no sabemos lo que ocurrió.

—Oh, claro, ustedes son forasteros, aunque se habló bastante del asunto. Míster Schwartz desapareció. Una noche no se le volvió a ver.

—¿Y nunca se supo más de él?

—Sí, claro —sus lentes espejearon—, apareció dos años después, cuando el perro de un cazador comenzó a cavar en el bosque y aparecieron sus restos. Fue identificado por su dentadura, pero no se pudo saber cómo había muerto, debido al tiempo transcurrido.

—Pero alguien lo enterró.

—Sí, por supuesto. Por eso un jurado acordó que había muerto «a manos de persona o personas desconocidas», aunque sin pruebas, porque igual pudo morir accidentalmente y alguien enterrarlo. Pero, digo yo, y se preguntaron muchos entonces, ¿por qué si había muerto casualmente no se declaró así a las autoridades? Eso fue lo que impulsó al jurado a declararle muerto «a manos de alguien».

Muy satisfecho se reclinó en su silla y nos preguntó si queríamos beber algo.

—Eso ocurrió... —pregunté.

—En 1936. No necesito consultar periódicos ni notas: fue cuando comenzó una guerra en España. Por tanto había desaparecido en 1934.

—Y la investigación...

—Hubo muchas habladurías, e incluso una buena investigación, por supuesto. Se habló mucho de cosas... desagradables. Pero no nos gusta

hablar de eso aquí, en Jefferson.

No le sacamos nada más. Pero de allí nos dirigimos al periódico y le pedimos al director que nos permitiera examinar los números de aquella época.

—Eso sí que lo siento, profesor. Los tomos encuadernados se quemaron cuando la casa se incendió, hace quince años. Perdimos todo nuestro material de archivo, y aunque hemos podido ir logrando algunos de bibliotecas y colecciones particulares, los de una fecha tan remota no existían ya.

—Tengo entendido —dije defraudado—, que algo ocurrió con un dignatario de la Iglesia de Roma.

—Monseñor O'Reilly, un buen hombre. Murió, se estrelló con su viejo «Ford T», después de una visita pastoral a Jefferson.

—En aquella época —insistí—, había naturalmente un párroco católico en el pueblo.

Una mirada huidiza apareció en sus ojos.

—Sí, claro, siempre lo ha habido. Jefferson es un núcleo católico romano. ¿Quién era? —Pues... el reverendo Mantell.

—¿Qué fue de él?

Evidentemente no le gustaba hablar de aquello.

—Se... fue. Eso es, se marchó.

Nos pusimos en pie y le dimos las gracias. Ya era la hora de comer, así que fuimos al hotel y despachamos una buena comida. Mientras lo hacíamos. Cora dijo:

—¿Te has dado cuenta de que no les gusta comentar aquello?

—Por supuesto. Y también me he dado cuenta de lo elusivo que se ha puesto en lo referente al párroco.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ir a la cabeza, a la misma iglesia. En cuanto acabes ese filete.

Por debajo de la mesa sus rodillas estaban junto a las mías. Bajé las manos por debajo del mantel y se las toqué. Me miró con sorna.

—Profesor, profesor, usted me asombra.

—Pienso asombrarte más aún. Pero vamos, acaba ya, porque tenemos prisa.

Esta vez sí pudimos hablar con el cura. Era un hombre joven de aspecto deportivo. Estrechó mi mano y la de Cora y nos preguntó en qué podía sernos útil.

—Estamos haciendo un trabajo histórico sociológico de la comarca —le dije—. Pero resulta que los archivos del periódico se han perdido en un incendio.

—Les quedan los archivos del ayuntamiento —dijo.

—Sí, y los investigaremos minuciosamente en otra ocasión. Por

ahora quisiéramos saber qué es lo que ocurrió con el párroco de esta iglesia...

—De San Miguel, estamos bajo la advocación de San Miguel. ¿Qué párroco?

—El que hubiera al cargo en el año 1932 y 1933.

Aquella curiosa mirada apareció en sus ojos.

—Se marchó, abandonó la vicaría y se marchó.

—¿Puede decirme dónde fue?

—Oh, no tengo ni la menor idea.

—Tal vez en el obispado...

—Pueden probar allí, pero...

De nuevo aquella mirada extraña.

—Pero no creo que saquen nada allí.

—¿Puede decirme por qué, reverendo?

—Lo siento, pero creo que no. Comprenda. Yo entonces no había nacido aún. Han transcurrido más de cuarenta años.

—Bien, pero habrá registros parroquiales...

—Lo siento, pero sin permiso del obispado, no puedo mostrarlos a nadie. Sólo los documentos públicos, como actas de nacimiento, defunción, etc.

Hizo una pausa.

—¿Por qué se interesan especialmente por aquella época y por el párroco?

—Hemos llegado a ese punto en nuestras investigaciones.

—Sí, por supuesto. Bien, lo siento. Si hay alguna otra cosa en la que pueda ayudarles... Nos fuimos, tras de darle las gracias.

—No quieren hablar —dijo Cora—. Eso quiere decir que...

—Puede querer decir muchas cosas. ¡Maldición! Alguien habrá a quien no le importe hablar de aquello.

En un bar consulté la guía telefónica. Recordaba el nombre del marido de Janet: Horten. No había ninguno. Nos miramos, desesperanzados.

—Bien, creo que eso es todo lo que podemos hacer —dije—. Volveremos a casa.

—Se han cerrado todos los caminos, ¿verdad, Dane?

—Todos, no. Queda uno, aún.

—¿Cuál?

—El gorro de piel.

—¿No querrás decir que te... vas a poner eso otra vez?

—Necesito saber, y sabré, aunque tenga que ponérmelo cuantas veces sea necesario. Quiero saber lo que fue de ese cura al que ni siquiera nombran, a dónde fue, todo, en una palabra.

—Dane, ¿por qué no lo dejamos? Quememos esa prenda infernal y...

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—No, pero tengo miedo.

En la misma plaza de la iglesia había una taberna, decorada al modo de las antiguas posadas fronterizas. Entramos en ella huyendo del frío. Comenzaba a nevar, y bastante copiosamente.

—Deberíamos volver ya —dijo Cora intranquila—, de lo contrario la carretera se va a poner imposible.

—Un último intento —dije yo.

En la taberna había varios viejos, sentados en una mesa, con unos vasos de cerveza tibia ante ellos.

Pedí bebidas para nosotros y luego me dirigí a los viejos preguntándoles si beberían algo, aceptaron. Cuando les sirvió el patrón, pregunté:

—Quisiera saber lo que fue de un amigo de mi padre, que vivió en esta ciudad, pero no encuentro su nombre ahora en la guía. Sólo sé que se llamaba Horten y tenía una industria de...

Uno de los viejos fijó en mí sus ojos aguachentos, de borracho.

—De muebles. Ese era el viejo Joe Horten, seguro. ¿Os acordáis? El marido de... —¡Siempre serás un charlatán! —respondió otro de los viejos.

—Bien ¿qué fue de míster Horten? —pregunté.

—Murió —respondió escuetamente otro.

—Como todos tenemos que morir, así Dios nos ayude.

—Bien, pero, su mujer... Sus hijos...

—El viejo Joe no tenía hijos. En cuanto a su mujer...

Intercambiaron unas miradas. Yo intenté sonsacarles con otra cerveza e incluso les amenacé con alguna copa de whisky. Fue inútil. Por último salimos a la calle para buscar el coche.

—¿Lo ves? No hay más remedio. Me volveré a poner «eso» en la cabeza. ¡Por Dios, qué manera de nevar!

—Tenemos que darnos prisa.

—Escucha, ¿y si telefoneases a tu padre diciéndole que estamos bloqueados por la nieve y nos quedásemos aquí?

Me miró. Vi la duda en sus bellos ojos negros.

—Vamos, sería lo más sensato. Y aun podríamos intentar alguna investigación más.

—Lo siento, Dane pero la respuesta es: *no*.

—Dame una buena razón.

—La de que si nos quedamos... Voy a tener que defender mi honor.

—No lo defiendas. Deja obrar a la naturaleza. Es muy sabia.

—Vámonos, Dane, por favor.

Y para cortar la discusión se metió en el coche. Refunfuñando, la seguí.

—Como quieras.

Y puse en marcha el coche.

Tardamos casi cinco horas en recorrer la distancia que separa Jefferson de casa, y que normalmente nos hubiera llevado hora y media. Pero había que conducir con cien ojos y a menos de veinte millas por hora.

Yo no hablé durante todo el camino para demostrarle mi enojo. Ella se apretó contra mí. —¿Enfadado?

—Si te parece me pongo a bailar de alegría. Eres más fría que toda esa maldita nieve.

—¡No lo soy!

—Bueno, pues no lo eres. Se acabó la cuestión.

—¡Es que no me gusta que me apresuren!

—¿Quién lo hace?

—¡Tú! De pronto te has... lanzado por el sendero de la guerra. Niégalo.

—No, no lo niego, lo que ocurre es que me has vuelto loco.

—Repíte eso.

—¡Que me has vuelto loco! Y séparate un poco. Hay sitio bastante en el coche y yo necesito todos mis sentidos para conducir con esta maldita nevada.

No sólo no se apartó, sino que se apretó aún más a mí, con la excusa de que la calefacción no calentaba lo suficiente. Todo ello no sirvió evidentemente para tranquilizar mis nervios.

—Prométeme... —comenzó.

—¿Qué? —pregunté pensando que se iba a referir a lo que había ocurrido entre nosotros—. Te he dicho que estoy loco por ti, y...

—No, no se trata de eso. Se trata de que no te pondrás eso otra vez.

—No te lo pienso prometer. Lo voy a hacer, y basta.

—Pero, ¿y Lois?

—Al diablo con Lois. Cambiaría una rodilla tuya por toda Lois.

Se miró la rodilla y me la dejó mirar a mí.

—¿La... rodilla nada más?

—¡Cállate ahora mismo o nos estrellamos!

Llegamos, como ya dije, cinco horas después de salir y estuvimos a punto de estrellarnos diez veces. Eran las seis cuando llegábamos a casa.

Capítulo 6

DETUVE el coche en la puerta.

—¿Lo vas a hacer ahora? —preguntó.

—Ahora mismo.

—¿Solo?

—Pues... no habiendo nadie que me asista...

—Voy contigo. Cuando te... desmayes, podrías darte un golpe.

¿Para qué negarlo? Me gustó la idea. Puse en marcha el coche y fuimos a mi casa. —Todo esto necesita una buena limpieza —dijo—. Te enviaré a una mujer que lo haga. —No comiences a darte aires de dueña. No hemos venido a discutir mis hábitos, sino a...

Saqué el gorro y lo examiné. El corazón me latía más fuerte de lo normal. Cora me miraba con cierta aprensión.

—¿Preparada? —pregunté. Me abrazó y por un momento sentí flaquear mis fuerzas. ¿Por qué no dejar el asunto para otra ocasión y aprovechar que estábamos solos y...? Dominé el impulso.

—Preparada —dijo.

Me coloqué el gorro. No ocurrió nada. La idea de que tal vez «aquello», lo que fuera, el ungüento, hubiera perdido su poder al ser usado tantas veces, me asaltó.

—¿No sientes nada? —preguntó Cora.

—No, nada.

Esperé, mirándome al espejo. Casi dos minutos. Ya iba a quitarme el gorro, cuando la luz se oscureció.

Me puse en pie cuando sentí los cascos del caballo. Salí de la cueva para esperarla. Janet llegaba en su yegua pía. Desmontó y se abrazó a mí.

—Ya era hora —gruñí—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ha ocurrido algo —respondió.

La tarde estaba nublada, pesada. Janet tenía el pelo revuelto por la larga cabalgata. La boca roja, y los verdes ojos rodeados de círculos violáceos.

—Mi marido lo sabe.

—¿Sabe qué?

—Lo nuestro y... tal vez lo que hacemos.

—¿Cómo diablos ha podido enterarse? ¿Quién se lo ha dicho?

Bajó los ojos. Su hermoso pecho se agitaba pesadamente.

—Yo... hablando en sueños.

La miré fijamente. Estaba pensando con rapidez.

—¿Estás segura?

—Sí. Me ha dirigido varias indirectas y me ha dicho que hablaríamos tan pronto vuelva del congreso fabricante de muebles. Esto es, pasado mañana o el otro. ¿Qué vamos a hacer, Stuart?

—No podemos permitir que hable. Exactamente, ¿qué te ha dicho?

—Me ha insinuado que lo publicaría a los cuatro vientos. No he tenido la culpa, Stuart, querido. Hablé en sueños.

—No, claro, lo comprendo.

Pero por supuesto, sí que la tenía, la maldita. Hablar en sueños...

—Bien, tu marido debe morir.

—Pero, ¿cómo?

—¿Sigue tomando sus gotas para el corazón?

—Siempre.

—Harás que tome más, muchas más de las que tome habitualmente.

—Pero los médicos...

—No te preocupes, no habrá investigación alguna, al fin y al cabo es un cardíaco. No podemos hacerle desaparecer como hicimos con Schwartz cuando comenzó a ponerse histérico, pero cualquier médico certificará que ha muerto de su enfermedad. Y sobre todo, ten calma. Mucha calma.

—La tendré —afirmó—. Pero ¿y si cuando llegue lo primero que hace es hablar con alguien?

Pensé rápidamente.

—La convención es en Milwaukee, ¿verdad?

—Sí.

—Dime el hotel y el número de su habitación. Cambiaremos el programa.

Me los dio. Le dije que no se preocupara y luego le ordené marcharse.

Esa misma tarde hablé con Rainer, uno de los hermanos. Le di las señas del hotel en Milwaukee y le dije lo que tenía que hacer, al principio estaba un poco reacio, pero lo convencí diciéndole lo que sería de él y de su familia si el asunto trascendía, al fin y al cabo, en una convención hay cientos de personas y nadie se fijaría en él, aparte de que Horten no sospecharía. Podía ir y volver en el día.

Por fin, asintió. Para asegurarme, le miré fijamente y le hablé en voz baja persuasiva. En una palabra, empleé con él toda mi potencia magnética, además, le ordené que olvidase después todo el asunto.

De todas maneras, comprendí que mis días en Jeffersonville estaban contados.

Al día siguiente, Rainer partió como si fuera a visitar a sus clientes. Por la mañana del otro día estaba de vuelta. No vino a verme a la vicaría, sino que nos encontramos, casualmente en su comercio de ferretería, donde fui a comprar un rollo de alambre.

Me miró fijamente y me dijo:

—Hecho.

Nada más. La noticia llegó dos horas después, por medio de un telegrama. Un ladrón había intentado robar en el «Hotel Plaza» de Milwaukee, y cuando míster Horten se le resistió, lo mató de una cuchillada.

Todo el mundo acudió a dar el pésame a Janet, que estaba medio loca de dolor. Yo, el primero, para ofrecerle los auxilios de la religión. Nos quedamos solos un momento.

—Ya está —dijo ella salvajemente—. Soy libre. ¡Libre!

—Sí, lo eres. Pero procura que no se te note la alegría. ¿Me oyes?

—Podremos marcharnos y comenzar una nueva vida. Tú y yo.

—Naturalmente. Tan pronto hayamos enterrado a tu marido, hablaremos de todo eso.

Sí, hablaríamos. Ya tenía preparado lo que iba a decirle y..., a hacerle. Y después desaparecería, al fin y al cabo llevaba ya siete años en el maldito pueblo. Tarde o temprano alguien hablaría, y yo me encontraría en peligro.

Sí, ya sabía lo que iba a hacer con ella, que era...

Las manos de Cora estaban golpeando mi rostro cuando abrí los ojos. La cara de la muchacha estaba pálida.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

—Quitarte el maldito gorro. No podía resistir más.

—¿Cuánto tiempo he estado con él en la cabeza?

—Casi cinco minutos, de veras, Dane, no he podido resistirlo. Me asusté.

—Pues me has despertado justo cuando... ¡Oh, deberías haber esperado un poco!

Se lo conté.

—Así que en este momento no sé lo que sucedió, con Janet y con el sacerdote. Tendré que volver a probar.

—Ahora, no —afirmó seria, y firmemente—, ahora, no. Ya lo harás.

El teléfono estaba sonando repetidamente. Lo cogí. Era Lois.

—Pero, ¿se puede saber dónde te metes? ¿Por qué no cogías el teléfono?

—Acabo de llegar —mentí—, ¿Qué querías?

Cora me estaba haciendo gestos, con su cara pegada casi a la mía. Temiendo que Lois pudiera hablar de lo ocurrido entre nosotros, me esforcé en alejarla. Era difícil.

—¿Que qué quería? Oye, encanto, ¿crees que soy la criada?

—Naturalmente que no. Lo que ocurre es que estoy ocupado en este momento. —Escucha, si crees...

—Te llamaré en otro momento —y corté. Cora se me quedó mirando con sorna pero también con cierta sospecha.

—¿No te parece que la tratas muy duramente? —preguntó.

—Estoy harto de ella —respondí—. Y era verdad. En ese momento Lois me importaba un rábano.

—Pero... creí que estabas enamorado.

La cogí en mis brazos.

—En estos momentos sólo me importas tú.

—En estos momentos —remedó—. Pero, ¿y luego? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Celo primaveral en pleno invierno?

Moví la cabeza negativamente.

—No. Lo que me ocurre es que estos últimos días me he dado cuenta de que mis sentimientos han sufrido un cambio de noventa grados en el rumbo, y de que la causa has sido tú.

—Ojalá pudiera creerlo —fue su respuesta—. Pero el cambio ha sido demasiado brusco como para confiar en que se sostenga.

—Ponme a prueba —le dije. Y comencé a acariciarle la espalda de arriba abajo. Se dio cuenta y se separó de mí.

—Quieto —dijo—. Te pondré a prueba, pero eso lleva tiempo.

—¡Estoy enamorado de ti!

—Y yo de ti, querido, pero esperaremos un poco, además —bajó los ojos—, puedes creerlo o no, pero eres el primer hombre que... bueno, serías el primero.

—Me alegro. Por tanto, quiero ser el primero..., *ahora mismo*.

—No, querido. No insistas.

Cogió su abrigo y se lo puso rápidamente. Yo me quedé defraudado. Me dio un rápido beso y se dirigió a la puerta.

—Nos veremos mañana —dijo mirándome con los ojos entornados. En cierto modo tenía razón, comprendí, pese a mi desilusión. Pero no podía darme por vencido tan fácilmente. Las mujeres perdonan cualquier cosa menos la falta de decisión.

—Tal vez y tal vez no —respondí secamente—. ¿Qué quieres? No me gustan las personas que necesitan tomarse tiempo para demostrar sus afectos. Esas cosas se sienten o no se sienten, pero no se dice: «Espera un poco a ver si acabas por gustarme».

—Pero, ¡si tú me gustas! ¡Si estoy... si estoy enamorada de ti,

maldición! ¿Por qué me dices todo eso? ¿Qué es lo que quieres?

—Lo sabes de sobra. Pero no importa. Vete, si tienes tanta prisa.

Estaba en pie, junto a la puerta, con aire de desdicha. Comprendí que me estaba comportando como un animal. Fui hacia y ella y la besé.

—Dispensa. Estoy nervioso. Esta historia tiene la culpa de ello, anda, vete. Mañana hablaremos de todo ello.

—¿Te vas a volver a poner el gorro?

—No lo sé. Prefiero hacerlo cuando hay alguien conmigo. Es decir, cuando estás tú.

De pronto, sus ojos brillaron.

—¡Dane! Tengo la solución.

—¿Qué?

—¡La solución, barbas! Mi padre.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Mi padre puede conseguir cualquier información que desee. No habla nunca de ello, pero yo sé que tiene mucha influencia.

—Pero, habría que ponerle en antecedentes.

—Déjame eso a mí. Sólo le diré lo suficiente como para que nos ayude.

Lo pensé unos instantes.

—Bueno, pero no le expliques la historia, ¿eh? Probablemente te encerraría en un convento a pan y agua si supiera que estás metida en una cosa así.

—No te preocupes. Conozco a papá.

—De acuerdo.

Se marchó, alegremente. Yo miré el gorro y lo cogí. Por unos instantes se me ocurrió la idea de ponérmelo, pero resistí. En lugar de ello, telefoneé a Andrassy.

—¿Que quiere verme, profesor Vance? ¡Cómo no! Cuando quiera, ahora, si lo desea.

Fui a verlo. Cuando me recibió en su casa rodeado de sus innumerables chiquillos rubios y de su hermosa mujer, de extracción húngara también, me llevó a su despacho. Saqué el pomo y se lo entregué.

—Profesor, ¿puede usted diluir los restos que quedan en este frasco? Ya sé que eso es una cuestión de biología, pero si pudiera hacerlo, me prestaría un gran favor.

Desenroscó la tapa del pomo.

—Hum... Cristal roca, tapa de plata. Un hermoso trabajo, probablemente centroeuropeo, quizá checo. Hermoso frasco.

Lo olió.

—¿El mismo olor que el del gorro, profesor? Yo diría que sí.

—También lo creo yo. ¿Se podría hacer?

—En el departamento de química lo harán. Si tiene la misma composición de lo que impregnaba el gorrito, no será difícil encontrar el disolvente. Pero tal vez la sustancia esté ya corrompida. Parece tener bastantes años.

—¿Puede intentarlo?

—Mañana mismo. Hoy ya no...

—Hágalo, por favor.

—Con gusto. Y ahora, ¿aceptaría cenar con mi mujer y conmigo?

Acepté. Mistress Andrassy nos sirvió un sabroso gulasch y Andrassy me obsequió con una disertación sobre su trabajo actual. Cuando me fui a casa eran ya las diez de la noche. El teléfono sonaba insistente. Lois.

—Bueno, ¿se puede saber dónde te escondes? ¿Crees que me voy a pasar el día entero llamándote?

—¿Eso has hecho?

—¡Sí, maldición! Quiero verte.

—Bien, puedes venir aquí, o...

Contuvo la respiración. Debía estar contando hasta cincuenta.

—Escucha, espantajo, si piensas que porque tú y yo ocupamos la misma cama durante un rato, vas a creer que...

—Pero, ¡si no creo nada! Digo que si tienes algo que decirme, podemos vernos, aquí, en tu casa o donde quieras. Eso es todo. No intento aprovecharme de una situación de cierto privilegio.

—Más te vale —respondió peligrosamente—. Bien, nos veremos en el *Mistake Inn* dentro de diez minutos.

Así, ordeno y mando. Bien, por el momento no me importaba. Tan pronto como me diera la gana, me libraría de ella. Simplemente, me había curado de Lois.

La *Mistake Inn* decorada al estilo de los pubs, está en Lafayette Place, frente al parque. Luces atenuadas, maderas nobles, chimenea y camareras sirviendo. Lois siempre tiene un rincón reservado para ella.

Estaba sentada, y sola. Sus ojos brillaban excitadamente.

—Dane, se me ha ocurrido una idea extraordinaria.

—Como todas las tuyas, hermosa mía —respondí—, ¿Cuál es?

Miró a su alrededor. No había mucha gente, debido a la frialdad de la noche.

—He estado leyendo libros sobre «aquello».

—Sobre...

—Sí, sobre brujería y todo eso. Y se me ha ocurrido que podríamos hacer una especie de Sabbat.

Me sorprendí, pero no demasiado. Estaba acostumbrado a los caprichitos de la niña. —¿Cuándo?

—Pues... primero pensé que en lugar del baile de disfraces, pero las invitaciones están ya repartidas. Podría ser antes.

—Hay poco tiempo —respondí.

—Suficiente. Ya he sondeado a varias personas. Una de ellas me ha dicho que conoce a la persona indicada.

—Bien, ¿por qué me lo dices a mí?

—Porque... ¿estás idiota? Porque quiero que asistas a él.

—Lo pensaré.

Sus ojos se habían tornado sumamente peligrosos.

—¿Lo... pensarás, Dane? ¿Sólo eso? Dime una cosa: ¿quieres seguir siendo amigo mío, o no?

—Por supuesto, por supuesto.

—En ese caso, déjate de tonterías, asistirás.

—Bien, supongámoslo. Lo que no sabemos es si esto irá contra la Ley o no.

Me dijo dónde podía irse la Ley, y lo hizo con palabras muy crudas. Era evidente: para la hija de Mortimer Smith III, la Ley no era exactamente igual que para los demás mortales.

—¿Quién es esa persona indicada? —pregunté—. Y, ¿dónde lo haríamos?

—Lo haríamos en nuestra cabaña de las Montañas Blancas. Mi padre sigue en Centroamérica, amasando dinero y seguramente persiguiendo a las nativas. La tendríamos para nosotros solos, allí no va nadie.

Bajó la voz, en un susurro emocionado y provocativo.

—Me he informado bien. El día 2 de febrero, la fiesta de la Candelaria, era uno de los grandes sabbats.

Me la quedé mirando fijamente. El dos de febrero... cuando «yo» maté a aquella chiquilla... Gween. Tragué saliva, aterrado.

—Lois...

—¡No admito discusiones! Aquel sueño que tuve... ¡Dane, aquello era de lo más excitante, algo que bien vale una vida entera! Daría cualquier cosa por volver a vivirlo. Te diré algo: lo he intentado. Me he dormido pensando en ello, pensando furiosamente, pero sólo he conseguido «reves» idiotas.

Yo no le iba a hablar del gorro, pero pensé cómo podría conseguir que se lo colocase en la cabeza de nuevo. Me interesaba saber lo que ella había «visto» en aquella ocasión. Bien, podía preguntárselo.

Puse una mano sobre la suya.

—Querida, háblame de lo que soñaste. ¿Quién eras, qué hacías? ¿Quién había contigo? Sus ojos se tornaron soñadores.

—Pues... me vi en una habitación con colgaduras negras. En medio había un altar o algo parecido, cubierto también con paños negros y con

bordados que sólo si piensas en ciertos grabados japoneses y en algunos dibujos del Kama Sutra podrías imaginarte. Había más personas, todas con vestiduras blancas. Velas negras, y un hombre con una máscara y la cabeza cubierta con...

Comprendí que tenía que cortar su relato. Podía relacionar lo que el hombre llevaba en la cabeza con mi gorro de piel de cabra.

—Bien, ¿y qué hacíais?

—Yo estaba tendida sobre el altar, y todos llegaban y me pasaban la mano por la espalda, murmurando cosas en una lengua que me pareció latín, pero no podría jurarlo.

El hombre de la cabeza cubierta... Dane, cuando te lo expliqué la otra vez, no te dije todo. En realidad celebró una misa sobre mi vientre y luego..., adivina.

—Te violó.

—Pero, ¡qué forma de hacerlo! Nunca he visto semejante fuerza viril. Era como si volase. Era como...

Me sentí violento y asqueado. En ese momento no era la hija de Mortimer Smith III, sino algo muy parecido a una ramera.

—¿Cómo te llamabas en el sueño? —pregunté.

—Me llamaron Janet. Sí, ese era mi nombre. Pero, ¿qué importa eso? Te estaba diciendo que...

Janet, así que ésta en cierto modo reencarnaba en Lois. Yo, en el reverendo Stuart Mantell y Cora probablemente en aquella Gween a la que «yo» asesiné fríamente tras de poseerla al final de una misa.

Pero ¡qué embrollo, Santo Dios!

—Y lo más curioso —proseguía ella, los ojos brillantes, la respiración agitada—es que no he podido volver a vivir semejantes momentos. Y quiero hacerlo. Lo voy a hacer. ¡Quiero!

—Sí —dije—. Pero, ¿quién es ese hombre del que hablas?

—¿Hombre? ¿Dije yo *hombre*? ¿A quién te refieres?

—Dispensa, dijiste «persona». La que te han dicho que...

—Ah, sí debe ser un hombre, de lo contrario sería una mistificación. Me he informado bien. El oficiante debe ser un sacerdote ordenado, que haya vendido su alma al diablo. Y las Formas deben estar consagradas. Hay quien se dedica a robarlas tras de la comunión, guardándolas en la boca para luego emplearlas en el rito satánico. Y su composición puede ser...

—No quiero saberlo —respondí precipitadamente—, así que ya tienes un oficiante. —Creo que sí.

—¿Quién te lo ha conseguido?

—Una negra. Me ha asegurado que hay alguien que puede hacerlo. Pagaré lo que sea.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días, Dane, tú serás de la partida. Para un profesor de Historia que sólo piensa en libros viejos será una buena experiencia. ¿Eh, ratoncito de archivo?

Si supiera... Por un instante, la idea de llevarla a casa y ponerle el maldito gorro sobre sus hermosos cabellos rubios me asaltó.

—Dane, si no me prometes que irás, no volveré a acostarme contigo. Como si eso me importara.

—Bien —dije, sin comprometerme a nada.

Poco después nos marchamos del *Mistake Inn*

Capítulo 7

A la mañana siguiente tenía la boca reseca. Había bebido bastante. En casa, después de dejar a Lois, casi había despachado media botella de whisky, mientras pensaba furiosamente. Di mis clases con cierto aspecto ausente que no escapó a los muchachos, Andrassy tenía noticias para mí.

—Ya está, profesor Vance. En el laboratorio de química han conseguido disolver aquella substancia. La tengo en mi despacho, por si la necesita.

Fuimos a él y me entregó el pomo de cristal, ahora, en lugar de aquellos posos negruzcos, había un líquido de color marrón. Lo destapé y lo olí, apestaba.

—¿Malo, eh? Bien, me han asegurado que eso es como una bomba. Tiene todo lo necesario para matar a una persona si se lo bebe. ¿Quiere que le enuncie todos sus componentes?

—No, profesor no es necesario. Sólo que no hable a nadie de ello, por favor.

—Por supuesto, por supuesto, adelantándome a sus deseos, le he pedido lo mismo al químico que ha hecho el trabajo. Me debe algunos favores y... se ha comprometido a permanecer con la boca callada. Le dije que era para un experimento con animales en mi laboratorio.

—Muchas gracias, profesor Andrassy.

—Pero, ¡de nada, profesor, de nada!

Dos días después tuve las primeras noticias de Cora. Me buscó en la biblioteca de la universidad y se sentó a mi lado.

—Hablé con mi padre, barbas. No le dije más que lo necesario. Que estábamos haciendo un trabajo de sociología sobre las comunidades de la comarca en los años treinta. No sé si lo creyó, porque es un hombre muy listo, pero por lo menos fingió tragarse el cuento. —Y, ¿ha conseguido algo?

—¿Mi padre? Consigue lo que quiere. Yo no sé qué resortes mueve, ni quiero saberlo, pero el caso es que siempre hay alguien que hace lo que él quiere.

—Estoy sobre ascuas, Cora. ¿Sí o no?

—Algo hay, pero aún no demasiado. —Sacó un papelito del bolsillo. Leyó: En 1933 había en Jeffersonville un párroco en la Iglesia de San Miguel llamado Stuart Cosmos Mantell. Edad 35 años, actuó durante

siete años allí, desde 1927 hasta 1935. Luego se marchó de la ciudad, sin decir a nadie dónde iba y abandonando a sus feligreses. Hubo de ser nombrado otro vicario.

—Bueno, todo eso o casi todo ya lo sabíamos.

—Hay que dar tiempo a papá. Consigue las cosas, pero no es Dios Todopoderoso —me dijo con acento de reproche—. Hay que tener en cuenta que él no recurre a la policía ni ninguna cosa de esas. Hay gente que trabaja para él, pero...

—Bien, bien, perdona. ¿Qué más?

—Hay gente siguiendo o tratando de seguir las huellas del reverendo Mantell. También se han podido enterar de que en el obispado de Tuskaloosa estaba sumamente mal considerado.

—No me extraña, con las cosas que hacía. ¡Demonios! Algunas de ellas las conozco perfectamente. Pero, ¿qué fue de Janet Horten?

No necesitó mirar el papel.

—Desapareció también. No volvió a saberse de ella.

—Probablemente juntos.

—Eso me imagino. Los investigadores de mi padre, tratan de conseguir en el obispado de Tuskaloosa el expediente de Mantell, pero la cosa no parece fácil.

Me miró con cierta aprensión.

—Dane, he llegado a la conclusión de que si ese expediente no se consigue por los medios legales, alguien va a robar en los archivos. Pero si dices algo de esto a alguien, lo negaré y mi padre no volverá a ayudarnos.

—¿Crees que estoy loco? Me importa poco cómo lo consiga, pero el caso es que nos enteremos. Tu padre, ¿sigue sin preguntar nada?

—No, pero me mira de una manera irónica.

—Bueno, no te pases en tus peticiones. Que no sospeche.

—Yo creo que no sospecha de lo que queremos, pero sí de que hay un secreto entre los dos. Querido, no me extrañaría nada, sin embargo, que un buen día mi padre te preguntase cuáles son tus intenciones para conmigo.

Me sentí algo inquieto.

—Supongo que no tratarás de utilizar tu influencia con él para presionarme. Estaría bonito que un día me enviase dos pistoleros con orden de casarme contigo o aparecer en el Sillatote con un cajón de cemento atado a los pies.

Se puso verdaderamente furiosa.

—Pero, ¿qué te has creído? ¡Mi padre no es un gángster!

—Es una broma, preciosa mía. Palabra que es una broma.

—¡Y yo no utilizaría presiones de ninguna clase para...! Pero, ¿qué

diablos tienes en la cabeza?

—Te aseguro que era una broma, muñeca. No dejes caño libre a tu ardiente sangre armenia.

Me miraba como si yo fuera un bicho raro. Se calmó ligeramente cuando una de las bibliotecarias nos chistó, enfurecida. Nos habíamos olvidado de dónde estábamos. Nos marchamos. Nevaba copiosamente.

Le conté lo que había hecho con el pomo de la substancia.

—Espero que no se te ocurrirá utilizar esa porquería para conseguir nuevas pesadillas.

Le prometí que no. Nos metimos en un bar y le expliqué lo que me había contado Lois. Se puso tensa. Pude advertirlo porque tenía un brazo pasado por su cintura.

—¿Piensas ir? —preguntó.

—Supongo que no. No me atrae particularmente.

—Escucha, Dane, no soy yo quién para meterme en tus asuntos, pero... preferiría que no fueras.

—¿Te enfadarías si lo hiciera?

Me miró suplicante.

—No por supuesto, pero...

—¿Irías tú?

—No, no lo haría. Creo que por nada del mundo. Soy una mujer normal, o al menos eso creo, y no tengo curiosidad por esas cosas. Si te ayudo en este asunto es porque... bueno, ya lo sabes, pero de ahí a tomar parte en una cosa de ese tipo... Decididamente, no.

—Me alegro, querida. Y ahora, si quieres, podemos ocuparnos un poco de tu tesis, que amenaza alargarse. Vamos a mi casa... —pensé en Lois llamándome continuamente y añadí precipitadamente—, no, mejor a la tuya. No quiero que critiques mis hábitos de limpieza.

—Bien, vamos.

Míster Arkadian estaba en su galería de Arte. Por tanto, nos instalamos cómodamente en la biblioteca. Cómodamente es una manera de decirlo. Porque no habían pasado quince minutos, cuando me encontré a Cora sentada en mis rodillas y besándome el cuello, lo cual no predispone para ocuparse de las andanzas de los conquistadores españoles en tierras del Nuevo Mundo.

—Apéate —le dije—, así no iremos a ninguna parte.

—Depende de a qué parte quieras ir —respondió mordiénome el lóbulo de la oreja, lo cual me provocó escalofríos placenteros y excitantes.

Pero cuando quise pasar a más altas empresas, se puso en pie y huyó a su sillón.

—Si sigues provocándome, te vas a encontrar un día en dificultades —advertí—, Y más vale que prosigamos con la tesis.

No obstante, apenas pudimos concentrarnos. Cuando míster Arkadian llegó, yo estaba ya a punto de marcharme.

—Me alegro de verlo—dijo, mirándome con curiosidad—. Tengo alguna noticia para Cora y para usted, profesor.

Nos quedamos mirándole.

—Gracias, míster Arkadian —dije.

—De nada, de nada. El hombre por el que se interesan ustedes estuvo en San Francisco en el año 1937 y probablemente alguno más, aunque aún no lo sé seguro.

—¿Sólo o con una mujer? —pregunté.

Sonrió.

—Son ustedes, tanto Cora como usted, unos codiciosos. Si quieren decir si vivía con alguna mujer, les diré que parece que no. Probablemente mañana sabremos algo más. Y ahora...

Nos miró. Esta vez estaba serio.

—Profesor Vance, si en alguna ocasión les digo que dejen este asunto, ¿lo harán?

—Por supuesto, si usted lo pide... Pero le aseguro que es tan sólo una curiosidad.

—Sí, sí, al parecer. Bien, nada más. Si quiere cenar con nosotros...

—No, muchas gracias, pero quiero escribir unas cosas.

Cora salió hasta la puerta para despedirme.

—¡No te pongas el gorro! —susurró—. Prométemelo.

—Prometido.

La besé fugazmente, por si acaso su padre llegaba.

—Sabe algo que no quiere decirnos —siguió ella.

—Hablaré en otro momento con él. Tal vez sea mejor explicarle lo que ocurre.

Cuando llegué a casa, y apenas me acababa de poner la bata y el pijama, sonó el teléfono. Pensando que era Cora, lo cogí.

Era Lois.

—¡Dane! Ya he hablado con esa persona. Y está de acuerdo. Completamente de acuerdo. ¿Quieres conocerlo?

—¿Ahora? —aullé.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que estás en la cama ya?

—Me iba a acostar ahora.

—Bien, había pensado en citarlo, pero si te has convertido en una condenada marmota dormilona...

—Si te da lo mismo mañana... Pero por la tarde. Por la mañana tengo que dar mis clases. Yo trabajo, ¿sabes?

—Lo que no sé es ni por qué me molesto en hablarte. Conozco cien tipos que aprovecharían mucho mejor que tú la ocasión que te estoy

ofreciendo, desgraciado.

Yo ya estaba bastante harto, a la sazón, al no desearla ya, ella había perdido toda su influencia sobre mí.

—Sí, ¿eh? —dije suavemente—. ¿Tendré que recordarte que no fui yo quien buscó la ocasión aquella tarde? Y, por el momento, tengo trabajo. Ya te diré si puedo ir o no, pero habrá de ser mañana.

Oí cómo contenía la respiración, probablemente para no saltar simbólicamente sobre mí.

Para evitarlo colgué. «Esta vez», pensé, «Me he librado de ti de una condenada vez».

No la conocía. Ni por asomo, a la mañana siguiente, cuando terminé de impartir mis clases y salía del *campus*, escuché un claxon casi en mi oído. Me sobresaltó, porque iba pensando en Cora.

El «Mercedes» plata de Lois estaba a mi lado. No le había oído llegar.

—Sube, queridito —dijo suavemente.

Subí a su lado y el potente coche arrancó, llevándose casi por delante a dos estudiantes.

—¿Es que quieres matarte? —pregunté.

—No, aunque te asesinaría a ti de buena gana, por estúpido y cerdo.

—En ese caso, ¿por qué no detienes este monstruo y me dejas bajar?

—Quiero que conozcas a alguien.

—¿Te has preguntado si yo tengo deseos de conocer a ese alguien?

Había una tormenta sombría en sus ojos cuando los volvió hacia mí.

—Mira, Dane, si lo que estás buscando es provocarme, te diré que no vas a conseguirlo. ¡No vas a ir por ahí jactándote de haberte acostado conmigo!

—No lo he hecho ni lo haré.

—¡Jactándote delante de mí! De eso quería hablarte.

—Bien, pues ya está solucionado. No me jactaré. Pero tampoco vas a jugar conmigo. Si te parece dejamos así las cosas.

—¡A los tíos los dejo yo, no me dejan ellos!

Ya se estaba poniendo soez. Comprendí que había elegido mal la estrategia. Si la despreciaba no lograría verme libre de ella: se pasaría el día buscándome para decirme que era ella quien quería separarse de mí. Y yo lo que quería en ese momento era que se fuera al diablo.

—Bueno, olvídalo —dije—. ¿Qué quieres? ¿A quién quieres que conozca?

Se calmó ligeramente.

—Al hombre del que te hablé. La tía Rebeca, la mama Lois del barrio negro, me puso en contacto con él.

—¿Un hombre que puede officiar una misa negra?

—Rebeca dice que sí.

—Bueno, pero tú, ¿lo has visto? Anoche me dijiste que...

—No, aún no, pero he quedado citada por teléfono con él. Pensé citarme con él anoche para ir a tu casa, pero como te pusiste en el plan de Casanova...

—Bueno, no me puse en ningún plan, pero no me gusta que me insulten, vamos a ver si nos entendemos. No soy el faldero de nadie.

—No empecemos —dijo peligrosamente—. No empecemos.

—No.

Yo lo comprendí. Ella tenía cierto temor en ir a verlo sola. ¿Por qué? Lois no era una cobarde. Bien, no había compromiso alguno en que yo lo viera.

Llegamos a la casa de Lois. Su mayordomo negro nos dijo que una persona esperaba a miss Smith. Cuando entramos en el salón, vimos a un anciano encorvado, que se puso en pie al vernos. Tenía una nariz ganchuda y abundante pelo blanco.

—¿Míster Oreas? —preguntó Lois.

Asintió, y estrechó la mano que la joven le tendía. Luego se volvió a mí.

—Le presentó a míster Vance —dijo ella. Los dos mirábamos con curiosidad al hombre. Los ojos de éste eran negros, y estaban rodeados de largas pestañas.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Lois. El hombre negó con la cabeza.

—Tengo entendido que usted deseaba una cierta demostración —dijo.

Lois asintió.

—Pagaré lo que sea por ello —respondió. El anciano movió la cabeza.

—Naturalmente —dijo—, todo dentro de los límites de la más absoluta legalidad. Mi querida señorita Smith, una cosa de estas es como una sesión de espiritismo o una reunión de, pongamos por ejemplo, los adeptos de cualquiera de las sectas que proliferan en la costa Oeste, algo que sólo tiene significado para los miembros de la misma.

Lois entornó los ojos.

—Por supuesto —dijo. Me pareció advertir algún significado oculto en su tono.

—Bien entendido eso, estoy dispuesto a proporcionarle a usted..., a ustedes, una demostración de cómo debieron ser estas cosas en la Edad Media. ¿Habría muchos interesados en ello?

—No lo sé aún —respondió Lois. Parecía un poco defraudada. Tal vez consideraba que si se trataba de algo tan aséptico, quizá no valiera la pena probar siquiera. Debía haber esperado otra cosa mucho más excitante.

—Si hay muchos asistentes —siguió el viejo—, la cosa podría no resultar. Es mejor un número reducido, pero de personas verdaderamente interesadas. Creo que usted me comprenderá, señorita Smith.

—Sí, claro.

—Bien, en ese caso, mañana me pondré de acuerdo con usted. Por el momento vaya usted pensando cuántos serán los invitados, etc.

—Y sus honorarios, señor Orcas...

—Oh, por eso no discutiremos. No serán tan altos como para que no pueda usted pagarlos—. Sonrió de su propia broma.

Se puso en pie y nosotros lo imitamos. El criado le trajo su abrigo y sombrero. Se marchó tras estrecharnos las manos. Lois me miró desilusionada.

—Maldición, esto es como ir al teatro. Pagas a la entrada y te sirven el plato adobado ya. ¡No es lo que yo quería!

Yo me alegraba. Que al menos se le quitasen las ganas de meterse en aquel asunto.

—Tengo que trabajar —dije—. Mañana te llamaré.

Estaba tan furiosa y frustrada que ni siquiera se dio cuenta de mi marcha. La dejé soltando maldiciones en inglés y francés.

Capítulo 8

TAN pronto como llegué a casa, me dirigí al armario y saqué el gorro. Ni iba a llamar a Cora. No iba a llamar a nadie, pero iba a enterarme qué demonios había sido de Janet y del reverendo Mantell.

No dudé ni un momento. Me senté en la cama y me puse el gorro. Nada. Transcurrieron casi cinco minutos y... nada. ¿Habría perdido ya toda su potencia, lo que fuera? Cogí el pomo de cristal, lo abrí y vertí unas cuantas gotas en el interior. Como ya dije, olían a demonios.

¿Demonios?

Me lo puse. La luz se oscureció de pronto.

Cuando durante mi paseo al mediodía vi que los visillos de la ventana del dormitorio de Janet estaban descorridos, comprendí que ella quería hablarme o verme. Por tanto volví a la rectoría y le dije a mi criado que me ensillase el caballo. El hombre se me quedó mirando.

—Se habla mucho de usted —dijo. Mucho.

—Lo sé —respondí—. No me dices nada nuevo.

—Se trata del cuñado de la señora Horten, señor, anda hablando mucho de usted y de la señora.

—De acuerdo. Sigue escuchando todo lo que puedas.

Me marché a caballo hasta la casa de la colina. Cada día estaba en peor estado. Las paredes parecían leprosas y había polvo en casi todas las habitaciones, excepto en la que yo ocupaba cuando escribía mis alegatos y la otra, la Santa Iglesia encomendada a Él.

Janet no tardó en llegar. Cuando desmontó, miró hacia atrás.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

Se dejó caer en mis brazos, tan pronto como vio que nadie la había seguido.

—Tenemos que huir —dijo anhelante—Ahora sí que ya no hay más remedio.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Tu cuñado?

—¡Sí! Ese bastardo. Está presionando a preguntas a todo el mundo, y acabará por descubrirnos.

—Muy bien, si no podemos acabar con él, nos iremos.

—He traspasado todo mi dinero líquido a una cuenta a tu nombre y al mío en un banco de San Francisco. Hay cosas que no puedo convertir en dinero, pero, ¿qué nos importa? Tendremos bastante para el resto de

nuestra vida.

Probablemente, el cuñado de Janet, había hablado con su hermano antes de que éste muriera. Quizá Horten le había hecho alguna confidencia. El caso es que se había presentado en Jefferson y amenazó veladamente a Janet con que la denunciaría y me denunciaría si no le dejaba manejar a su gusto la empresa de fabricación de muebles. Janet se negó, por indicación mía, y ahora el cerdo aquél estaba hablando demasiado. Y lo malo es que yo no veía la manera de eliminarlo. Era hombre muy prudente.

—Pídele una cita y trata de seducirle —le dije a Janet. Ella movió la cabeza.

—¿Crees que no lo he hecho? La viuda desvalida que busca el apoyo del hombre masculino... No, mi marido dijo siempre que su hermano era un marica. Puedes creer que debe serlo cuando no ha saltado encima de mí. Le di motivos para ello, créelo.

Pensé durante unos instantes.

—Bien, si insiste en ello, desapareceremos.

Yo sabía también que los del obispado estaban comenzando a moverse otra vez. Quedaba poco tiempo allí, para mí y para mi misión.

Yo tenía ya preparada mi documentación falsa, al menor síntoma de peligro... el salto. Janet se marchó tras de besarme. Me dijo que concertaría una última cita con su cuñado. Dos días más tarde, una comisión de feligreses se acercó a la vicaría. Querían hablar conmigo. Los recibí amablemente, pero ellos se mostraron fríos y distantes. Había oído comentarios... sólo querían que yo los desmintiese, pero incluso así, los rumores pueden causar mucho daño...

Les pregunté qué deseaban exactamente de mí. Me respondieron que desmintiese públicamente mis relaciones con mistress Horten. Los miré con mal disimulado desprecio.

—Un párroco no puede hacer eso, y ustedes lo saben. Si no están conformes con mi ministerio, pueden quejarse al señor Obispo. El nombrará un coadjutor si así lo estima conveniente.

—¿Es su última palabra, padre Mantell?

—Por supuesto.

—Bien, pensaremos sobre ello.

Pero yo sabía que ya habían tomado su decisión. Esa misma noche, Janet me telefoneó diciéndome que había hablado con su cuñado, y éste la había amenazado claramente. Habían sido inútiles sus intentos de seducirle. ¿Qué hacíamos?, preguntaba.

—Estáte preparada. Tal vez tengamos que marcharnos de pronto.

—Habrà que destruir lo de la casa de la colina.

—Yo me encargaré de ello, mañana mismo, no te preocupes.

No pude, a la mañana siguiente, se presentaron impensadamente en

la vicaría. Eran dos curas de cara grave. Venían para acompañarme hasta Tuskaloosa donde el obispo me aguardaba.

Les dije que tomaran asiento, mientras me vestía. Lo que hice fue avisar a mi criado y telefonar a Janet. No me quedaba tiempo ni para correr a la casa de la colina.

Janet y yo nos reunimos en su coche, que esperaba a la salida de Jefferson. Me reía al pensar en la cara de los dos enviados del Obispo, cuando vieran que el pájaro había volado. Los tres, mi criado, Janet y yo condujimos durante todo el día, y a la noche estábamos cruzando las montañas.

Hicimos parada en un pequeño hotel, donde nos inscribimos como míster y mistress Morrison, aunque suponíamos que la policía no nos perseguía aún: no había motivo judicial todavía.

A la mañana siguiente continuamos nuestro viaje. Janet me había dado todos los documentos relativos a la cuenta bancaria que había abierto en San Francisco. Con ellos en la mano, yo podía obrar con entera tranquilidad.

Cuando llegamos a un paraje solitario, donde la carretera cruzaba un desfiladero de imponentes paredes, al fondo del cual corría un riachuelo, detuve el coche.

—¿Por qué? —quiso saber Janet. Convendría que continuásemos, amor mío.

—Y eso es lo que vamos a hacer. —Le hice una seña a mi criado y éste que se había colocado tras de la mujer, le sujetó los brazos. Fue entonces cuando ella debió darse cuenta de mis intenciones, abrió la boca para chillar pero yo, lentamente, la estrangulé. No quité las manos de su cuello hasta que murió.

La desnudamos y sobre su cuerpo muerto hice la ofrenda a Mi Amo. Luego mi criado cavó una fosa honda y enterramos el cadáver. Sobre él colocamos una rama de árbol. El árbol crecería y taparía con el tiempo toda la tumba. Sus raíces se alimentarían del cuerpo.

Luego continuamos el camino.

Volví en mí bañado en sudor frío. ¡Había sido tan real! Aún creía sentir en mis dedos la piel sedosa de la garganta de la mujer, sus ojos azules que me miraban, muy abiertos, horrorizados, mientras su bota se abría buscando un aire que no le llegaría.

El gorro se había caído encima de la cama. Eso debía haber sido lo que me sacó de mi pesadilla. Me arrastré hasta el baño, donde una ducha caliente me quitó el sudor. Pero mis nervios estaban tensos como cuerdas de guitarra. Mis manos temblaban cuando me serví un whisky.

—Pero ese hombre era un demonio —dije en voz alta. Un demonio encarnado.

Por una parte me alegraba de haber despertado. Por otra, sentía no

haber podido continuar para saber qué había sido de aquel canalla renegado, de aquel monstruo, de acuerdo, Janet no era un modelo ni de esposa ni de mujer, pero él...

No comencé a sentirme mejor hasta el tercer whisky. Pero necesitaba escuchar algo, una voz amiga. Miré mi reloj. Eran las dos de la tarde. Llamé a Cora y ella misma cogió el teléfono.

—Sólo quería oír tu voz —dije.

—Eso es nuevo —replicó—, ¿Te ocurre algo?

—No necesito que me ocurra nada para querer oírte —mi voz debió sonar ofendida, porque inmediatamente se puso seria.

—Y yo te lo agradezco porque también te echaba de menos, pero me había prometido no llamarte porque... porque si seguimos viéndonos tan continuamente no sé qué va ser de mi tesis ni de mi equilibrio psíquico.

—Deja tu equilibrio psíquico tranquilo. ¿Por qué no nos vemos?

—Ya. Te espero en...

—¿No podríamos hacerlo en tu casa o aquí, en la mía?

—Bueno, puedes venir a casa, pero mi padre estará en ella y... Mejor iré yo a la tuya. ¿Te has dado cuenta de cómo está nevando?

—No. He estado... Bien, ven.

Llegó inmediatamente. Venía con un abrigo de piel, que le quité inmediatamente. Debajo, un ajustado vestido de lana color azul marino. Palabra que nunca me había parecido tan bella. Pese a lo temprano de la hora ya tenía yo las luces encendidas debido a lo oscuro del cielo.

Nos sentamos en el diván de la salita e inmediatamente puse mis manos en su cintura.

Las apartó sonriendo.

—Dane, ¿qué has hecho?

Se lo expliqué. Me escuchó con los ojos sobresaltados y la boca abierta.

—Pero... ¡ese monstruo! —dijo cuando terminé—. Pero, ¡está completamente loco! Quiero decir, ¡estaba loco!

—No sé qué te diga. Obraba con una frialdad aterradora, eso sí, pero se preocupaba también de la parte material de las cosas. No se olvidó de sacarle a Janet todo su dinero. No me daba la impresión de un loco, pero ten en cuenta que yo estaba dentro de él, es decir lo que él hacía lo hacía «yo». Es ahora cuando puedo verlo con un poco más de perspectiva.

Mientras tanto, yo había encontrado la cremallera en la espalda de su vestido. Con ademanes casuales comencé a jugar con ella y a descorderla. Pero no hay mujer que considere casuales esas cosas. Cuando se callan no es porque no se hayan dado cuenta de nuestro juego, sino porque están dispuestas a jugarlo también.

Así que pude recorrerlo hasta la cintura, hasta su final y la besé en el cuello.

—¡Dane! —protestó blandamente.

—Claro que soy Dane. No esperarías que fuera otro, ¿verdad?

—¡Dane!

Porque yo ya había encontrado la manera de bajarle los hombros del vestido, para besarle los suyos propios.

—Tú me lo hiciste el otro día en tu casa, así que ahora debes sufrir en silencio —le advertí.

Por su cara, no parecía sufrir en absoluto, al contrario.

Así que continué, hasta conseguir que el vestido se escurriese hasta su cintura, para lo cual, es evidente, hubo de sacar los brazos de las mangas. Un portasenos perfectamente lleno, pletórico, apareció a mi vista, y me excitó hasta la locura.

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono. Casi nos caímos del diván.

—No lo cogeré —advertí roncamente.

Pero ella ya se hallaba en pie, colocándose el vestido. Estaba ruborizada y sumamente bonita, con el pelo revuelto, y escorzando la figura para arreglarse las ropas.

—Tienes que cogerlo. ¡Y yo me voy! ¡Y toda mi vida odiaré ese teléfono!

Antes de que pudiera sujetarla, se había ido. El teléfono seguía sonando, y, maldiciendo a Graham Bell y a la I.T.T., lo cogí.

Lois, inevitablemente, claro. Mi «¡Diga!» debió sonarle como un disparo de pistola en los oídos.

—¡Dane!

—Bueno, ¿qué quieres *ahora*?

—He vuelto a hablar con ese hombre. No podía quedarme tranquila pensando que no se trata más que de un pobre diablo que busca unos dólares.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha... convencido, Dane.

—Bien, en ese caso... Ya puedes dormir tranquila. Tendrás tu sesión de brujería.

—La tendré —su voz sonaba excitadísima.

—Pero también, hay otra cosa. Otra cosa que he recordado ahora, Dane, tu gorro.

Sentí que mi pulso se aceleraba.

—¿Qué ocurre con mi gorro?

—En mi sueño... —se rió roncamente—, el hombre que me poseía llevaba algo muy parecido a ese gorro. Por las aberturas laterales le

salían unos cuernos. Tienes que dejarme ese gorro, Dane.

—Lo siento, pero eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque... porque ese gorro no tiene nada de particular.

—Lo necesito, Dane. Lo quiero, Dane. ¿Puedes meterte eso en la cabeza? Olvídate del disfraz, además... he hablado a ese hombre del gorro y me ha dicho que es precisamente lo que necesita. Se ha mostrado muy interesado.

¿Dejar el gorro, sabiendo lo que sabía?

—Lo siento, querida, pero...

—Dane, puedes despedirte para siempre de mí si no me dejas eso.

—Bien, lo pensaré.

—Piénsalo y luego dámelo, Dane. Te prometo que te lo devolveré, si tienes tanto interés en él, pero lo necesito.

Y colgó el teléfono. Con el aparato en la mano, me quedé pensativo. Por fin, Lois había relacionado el gorro con su sueño. ¿Qué hacer? ¿Dejárselo? Algo en esa idea me repugnaba, pero sin saber por qué. ¿A mí qué más me daba? En resumen, yo ya sabía todo lo que quería sobre el hombre que había sido el dueño del gorro. Todo o casi todo. ¿Para qué lo quería, ya? Por otra parte, me molestaba pensar que Lois comenzara a hablar de ese asunto, y conociéndola, sabía que convertiría el uso del gorro en un show para sus amiguitos.

Había llegado el momento de decirle a Lois que me importaba tanto como nada y que se fuera al diablo, si quería.

Lo haría a la mañana siguiente. Sin falta. Me lo prometí a mí mismo con toda formalidad.

La verdad es que por ahora sólo podía pensar en Cora. Se había convertido ya en una obsesión. Estaba, simplemente, enamorado de ella hasta las orejas. Me casaría con ella. ¡Lo haría!

Cogí el teléfono, pero comprendí que llamarla ahora sería un poco tonto, acababa de verla y había salido huyendo de mí. No, lo dejaría para la mañana siguiente.

Solté el teléfono y cogí el gorro. Lo miré. ¿Y si me lo pusiera para seguirle la pista al reverendo Mantell? ¿Volvería a encontrarme con otro crimen entre las manos? Por cierto, ¿cuántos crímenes habría cometido Mantell? Aquella muchacha, Gween, el obispo, el marido de Janet, la propia Janet... Y quizá, antes, alguno más. Era un monstruo, un auténtico monstruo, un fiel servidor del Amo con el que se había comprometido.

Dado el tiempo que había transcurrido desde su marcha de Jefferson, probablemente habría muerto ya. Pero, ahí entraba ya para mí un problema de ética: ¿Debía avisar a la policía de que en algún lugar de las montañas Rocosas había el cadáver de una mujer? Piensen ustedes,

¿me creería la policía? Se reirían de mí, aunque se decidieran a buscar los restos de Janet, ¿los encontrarían? No, decididamente no podía ir a una escéptica policía con aquel embrollo. Seguramente Mantell estaba ya muerto.

Me dolía la cabeza. Me fui a la calle, entré en un par de bares y bebí algunos whiskys. Luego, me metí en un cine, a las once regresé a casa.

Capítulo 9

EL encargado nocturno de los apartamentos donde vivía estaba ya en su puesto. —Vino una señorita a buscarle, profesor. Como se trataba de una conocida suya, la dejé subir. Bajó después, diciendo que ya no podía esperarle más.

¿Cora? Lamenté haber salido y subí inmediatamente a casa para telefonarle.

Lo hice. Cora me respondió con voz adormilada. No, claro que no había ido a mi casa. ¿Creía acaso que...? Y, por cierto, ¿qué chica iba a casa y entraba en ella como si fuera la suya? Y en su voz advertí un tono de celos.

—Espera un poco —dije, ahora creía saber quién había estado allí.

Miré a mí alrededor. Recordaba haber dejado el gorro sobre la cama. Simplemente, Lois había llegado y se lo había llevado.

Volví al teléfono.

—Escucha —dije—. Ha sido Lois. —Y le conté lo que me había pedido por teléfono. Cora me escuchó con atención.

—¿Sabes una cosa, querido? —dijo—. Olvídate de todo eso ya. Por favor, hazme caso y olvídate de todo.

—Me temo que eso es lo que tendré que hacer —respondí—. Que se vaya al infierno esa maldita mujerzuela. Cora, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Qué has dicho?

—Que si quieres casarte conmigo.

—Yo, sí. Pero ¿qué dirá papá?

—Podemos preguntárselo y es algo que voy a hacer mañana mismo.

Su voz era muy suave.

—¿Me dejarías terminar la tesis, querido?

—Por supuesto que sí. Soy un profesional y me gustaría casarme con una profesional. Con tu título te pondría a trabajar y ganaríamos buen dinerito. ¿Qué tal el programa? —Excelente. Cariño, si no fuera una muchacha honesta y decente correría ahora mismo a tu casa para...

Se detuvo. Yo tragué saliva.

—¿Por qué no lo haces?

—Precisamente, porque soy decente y todo eso. Pero no por falta de

ganas. ¡Ah!, y porque papá no me dejaría. Quizá sea esa la razón principal.

—Mañana mismo hablaré con él.

Colgamos, al infierno Lois, al infierno todo, menos Cora y yo. Rememoré su hermoso y moreno cuerpo, que sólo había podido vislumbrar a medias y sentí que mi pulso se aceleraba. Mañana, pensé. Mañana.

Pero antes de acostarme tenía otra cosa que hacer. Marqué el número de Lois. Me respondió al poco tiempo.

—Lois, sé lo que has hecho y eso se llama...

—¿Robo, querido? Puedo indemnizarte. Pero te dije que *lo necesitaba*. Y cuando yo necesito una cosa, hago lo posible por conseguirla. Espero que no estés muy enfadado. Pero si lo estás...

—Ya, me aguanto, ¿verdad? De acuerdo. Quédate con el gorro.

—Por cierto, queridito. «Eso» será pasado mañana. Iremos siete personas, y ocho si vas tú, lo que espero hagas.

Pensé un instante. ¿Ir? No quería. No me atraía.

—¿Qué has hecho con el gorro?

—Se lo he entregado a ese hombre. Parece que es exactamente lo que necesitaba para la Misa Negra. ¿Vendrás? Te puedo hacer un sitio en mi coche si lo deseas.

—No lo sé aún. Mañana te lo diré.

—Decídetes. Me ha contado cosas...

Colgué y me fui a la cama pensando en Cora.

Míster Arkadian fue muy comprensivo. Sólo puso por condición que Cora terminase su tesis y obtuviese el doctorado. Me dijo que yo le parecía una buena persona, y aunque un padre, sobre todo de una hija única, se resiste algo a perderla, que ya comprendía que los jóvenes, bla, bla, bla. Estuvo cortés e incluso algo efusivo. También me pidió como un favor personal que realizásemos la ceremonia de la boda según el rito armenio. Como a mí me daba lo mismo, se lo prometí. Luego abrió un par de botellas de champagne y brindamos por todos nosotros.

—A propósito —dijo después—. Espero que hayáis abandonado la idea de esa investigación. ¿O no es así?

—Pues... en realidad, sí señor —respondí, con la mano de Cora entre las mías.

—Me alegro. Ese hombre... estuvo en la cárcel, en San Francisco, por prácticas... prácticas repugnantes, y no me gusta hablar de ello.

—Comprendo —dije—. Pero como le decimos, apenas nos interesa, además, habrá muerto ya.

—En eso creo que se equivoca, profesor. Hace muy poco tiempo estaba vivo aún.

—¿Vivo? —dije asombrado—. Pero debe ser ya muy viejo.

—Hay gente que vive mucho tiempo. En Armenia no son raros los centenarios, aquellas montañas son muy sanas, y algún día iremos juntos a verlas. Hay paisajes muy bellos. El lago Van, el monte Ararat... Sí, algún día os invitaré a un viaje por Turquía y la URSS.

—Y... ¿sabe usted dónde está ahora ese hombre? —pregunté.

—No exactamente, pero sé que aún vive. En fin, si ya no os interesa...

—A título de curiosidad, solamente, señor.

—Bien, estuvo en la cárcel, y no una vez, sino dos. Hubo varios asuntos de mujeres a las que sacó dinero y se sospecha de él que por medio del chantaje. También algo relacionado con alguna desaparición de personas, pero nada se pudo probar.

—¿Qué nombre usaba, señor?

—Usó varios. Bueno, no tengo mucho interés en hablar de ello. Parece que se dedicaba a cultos demoníacos, o algo así.

Nos miró seriamente.

—Escuche, Dane, ¿podríais explicarme Cora y usted por qué se interesaban por ese hombre?

Miré a Cora. Ella me devolvió la mirada y luego asintió con la cabeza, arkadian se había portado tan bien que empecé a hablar y de un tirón le conté la historia completa. No me dejé nada en el tintero.

—Resulta increíble —dijo cuando terminamos—. Increíble, por completo, pero lo creo, precisamente por eso. No entiendo mucho de brujería, pero he oído hablar de cosas que pondrían los pelos de punta a mucha gente.

Tenía entre las manos una pequeña figurita de jade y la miraba pensativo mientras hablaba.

—Me alegro de que dejéis ese asunto. Porque os diré una cosa: ese hombre es muy posible que esté aquí. Los investigadores que han seguido su pista, lo han señalado en Tuskaloosa. Ese es el último lugar en el cual supieron de él.

Algo me golpeó en la cabeza como un ariete. Creo que se me debió notar en la cara, porque Cora me apretó la mano. Tragué saliva.

—Señor Arkadian —dije—. Creo que hemos encontrado al hombre.

Un viejo, encorvado, sí, pero con ojos vivaces. Un hombre interesado en el gorro de piel de lobo... Que iban a celebrar una Misa Negra... Todo concordaba.

Se lo dije, arkadian hizo un gesto afirmativo.

—Pudiera ser. Y dice usted que va a celebrar una Misa Negra a petición de miss Smith.

—Sí.

—Espero que usted no vaya a asistir a ella.

—Había pensado que no, pero alguien debería desenmascarar a ese

monstruo.

—Los crímenes habrán prescrito ya, han pasado muchos años —respondió—, pero coincido con usted en que algo habrá que hacer.

—Voy a avisar a la policía —respondí—. Ellos sabrán qué hacer.

Hubo un instante de silencio. Cora miraba enigmáticamente a su padre. Por último, el dueño de la galería de arte, dijo:

—Profesor... Bueno, Dane, ¿le importaría permanecer al margen? Quiero decir, no avisar a la policía.

—Pues... bien, yo creo que los crímenes de ese hombre no deben quedar impunes. Ha cometido crímenes horrendos, espantosos y...

—Sí, por supuesto, y yo creo también que debe ser castigado, pero la policía... bien, ¿le importaría dejar el asunto así? Yo creo que alguien o algo castigará a ese hombre. Pero en beneficio suyo y en el de Cora, me gustaría que no intentara ser usted el brazo ejecutor de esa justicia.

Los ojos de Cora me lanzaron un mudo mensaje, asentí.

—De acuerdo, señor —dije.

—Gracias, Dane.

Así acabó la conversación.

Al día siguiente, muy temprano, Lois me llamó por teléfono. Le dije que tenía que trabajar, se enfadó, insistió, pero le aseguré que no iba a ir. Por último colgó maldiciéndome y asegurando que no la volvería a ver en todo lo que me quedaba la vida y que no se me ocurriera volver a hablarle porque...

Colgó.

Cora y yo pasamos parte del día juntos, e incluso comimos también juntos. Ella estaba radiante, y se mostró tan enamorada que le aseguré que si continuaba así me resultaría muy difícil esperar hasta que terminase su tesis.

Sin embargo, durante todo el día, en ocasiones, no pude por menos de pensar en lo que estaría ocurriendo en el albergue de las Montañas Blancas. Por fin Lois había conseguido lo que quería. ¿Se habría divertido? ¿Qué habrían hecho ella y el monstruo? Por fortuna tenía mejores cosas en qué ocupar mi tiempo.

No fue hasta el día siguiente por la tarde cuando la bomba estalló. Las primeras noticias las dio la televisión. Un doble crimen había tenido lugar en Catskill Hill Lake, en las Montañas Blancas. Había muerto miss Lois Smith, hija del célebre millonario Mortimer Smith III y también un desconocido cuya identidad estaba tratando de establecerse.

Me quedé helado hasta los huesos. Cogí el teléfono y llamé a Cora, acababa de oír también la noticia.

—Ven a casa —dijo con voz estrangulada.

Cuando llegué, eran las cinco de la tarde. Cora estaba allí, y mister Arkadian llegó poco después. Justo cuando el departamento de Policía

estaba facilitando su primer boletín.

Fue el mismo jefe de policía quien lo leyó ante las cámaras de televisión. Para entonces ya los periódicos estaban sacando su edición extraordinaria.

El jefe lo leyó con voz grave y entonada. En efecto, alguien había avisado a los agentes del sheriff de que había ocurrido un grave suceso en un albergue de Catskill Hill. Personados allí los oficiales, habían encontrado una escena terrible. Un grupo de personas absolutamente aterrorizadas, y dos cadáveres. Uno de ellos era el de la infortunada miss Smith, cuyo padre había sido ya avisado y acudía urgentemente desde Centro América.

El jefe fue muy comedido. El cadáver de miss Smith había sido encontrado en circunstancias extrañas y las primeras aclaraciones de los testigos fueron de que un hombre, el otro muerto, se había vuelto loco y había apuñalado a la joven. Luego, alguien lo había matado a él. Por el momento proseguían las investigaciones para esclarecer los hechos.

Pero uno de los periodistas había sido más vivo, alguien había llamado al periódico y les había dado la noticia. El redactor se había personado allí casi al mismo tiempo que la policía y he aquí poco más o menos lo que contaba:

Miss Smith había aparecido desnuda, aunque alguien la había tapado con un abrigo de piel. Tenía un cuchillo clavado en el corazón. Y había extraños ornamentos colgados en las paredes. Indudablemente allí se había celebrado una ceremonia extraña y —apuntaba —de algún tipo demoníaco. Durante el curso de ella, según algunos testigos a los que el policía había interrogado, pese a los esfuerzos de los agentes del sheriff por prohibírselo, el muerto le había clavado un puñal en el corazón, mientras ella, desnuda por completo, permanecía tendida en una especie de altar. No se atrevían a sacar las conclusiones que en realidad saltaban a la vista.

Cuando los testigos, aterrados, trataban de huir o de coger al asesino, alguien, un extraño, había penetrado en la casa y había matado a tiros al culpable. Se buscaba a ese hombre para interrogarle.

Eso era todo, aunque se esperaban más noticias.

Míster Arkadian, con una copa de vino en la mano, había escuchado la lectura del artículo, que hicimos Cora y yo.

Levantamos la mirada y lo observamos.

—Parece —dijo míster Arkadian— una especie de justicia. Me refiero al hombre que entró y mató al asesino.

—Sí —dije—. Eso parece.

El próximo anuncio fue que había sido descubierta la identidad del hombre que mató a miss Smith. Bajo el nombre de George Viborg se ocultaba en realidad un tal Stuart Cosmos Mantell, de 73 años, antiguo

cura, reclamado por la Justicia como sospechoso de asesinato y robo.

La policía buscaba al hombre que había matado a Mantell, para interrogarle, pero al parecer ninguno de los testigos era capaz de describirlo con precisión. Sólo sabían que había irrumpido en la casa, matando a Mantell de un pistoletazo en la cabeza y luego desapareció. Eso sí, creían que se había llevado un gorro que Mantell había tenido puesto en la cabeza, durante la «extraña ceremonia».

Nada más por el momento.

—Espero que alguien haya destruido ese maldito gorro —dije. Míster Arkadian me miró y asintió con la cabeza.

—Seguramente —respondió—. Seguramente que así habrá sido.

Luego, la influencia de míster Mortimer Smith III debió entrar en acción. La «extraña ceremonia ritual» se convirtió en una especie de juego de sociedad, algo extravagante, pero nada punible, y la acción de Mantell en la obra de un loco. Nada sobre su asesino, que parecía haberse desvanecido en el aire.

Y los periódicos dejaron de ocuparse de ello. Solamente el «Clarión» intentó seguir las investigaciones, pero fue prontamente acallado. No sólo míster Mortimer Smith III era influyente: la mayor parte de las personas que estuvo aquella trágica noche en la casa de las Catskill formaba parte de la mejor sociedad de la ciudad.

Esta es la historia. Cora y yo acordamos no volver a hablar del asunto y hasta ahora, cuando ya estamos casados, hemos cumplido nuestra promesa.

FIN

LOS GRANDES EXITOS DE EDITORIAL ANDINA, S.A.



M.L. ESTEFANIA
GALAXIA
CARAVANA

U.S. MARSHAL
EXTRA-OESTE
CUATREROS

COLT 45
OESTE
F.B.I.

SELECCIONES F.B.I.
RURALES DE TEXAS
TERROR



BIBLIOTECA RAPIDA

EASA

TITULOS PUBLICADOS:



DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6955 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.